

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 10 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## SUMARIO

Un aspecto del problema sexual.....	Amanda Labarca H.	Más sobre Díaz Mirón.....	V. Salado Alvarez
El sentido de la inferioridad.....	Enrique Naranjo	En el centenario del conde León Tolstoi.....	León Pacheco
El sembrador desconocido.....	Julio Enrique Avila	Unos momentos con Haya Delatorre.....	Salvador Cañas
Contra Haya de la Torre.....	Alberto Masferrer	En elogio de la clase media.....	Rafael Cardona
Margarita Ogilvy (2).....	James M. Barrie	Profundación de la vida en la mariposa de la seda.....	C. Picado T.
A Enrique Hine.....	Rafael Estrada	Peces de río y costeros.....	Anastasio Alfaro
La carta.....	José Valle	Tablero (1928).....	

DEPLORAN las gentes la disolución de los hogares. De los fenómenos sociológicos en que nuestra generación ha participado, sin duda que éste es el de consecuencias más variadas y más trascendentales. Ante nuestros propios ojos han ido desapareciendo las familias frondosas. Los caserones dilatados de los abuelos, se subdividen hoy o se les demuele para construir diminutas bomboneras en que a penas caben tres o cuatro personas. Las costumbres se han trastornado violentamente y nuestros padres observan aterrados la licencia de sus nietos.

—¿Por qué no volver al respeto y a las virtudes domésticas de antaño?

Mientras la mujer sienta sobre ella el imperativo categórico de trabajar fuera de su casa para subvenir a su existencia, y los padres o hermanos acepten que tal colaboración femenina es indispensable, dadas las circunstancias, ni las costumbres van a ser lo que hace cincuenta años, ni el matrimonio el arca de alianza inquebrantable, ni la familia el puerto de solidaridad que fué, porque familia, matrimonio y costumbres estaban cimentadas en la roca de la dedicación absoluta de la mujer a su función doméstica. Su mundo entero de intereses y de afectos cabía en los cuatro muros de la casa, y a ella estaba tan sólidamente atada que romper la ley doméstica era quebrar todo refugio y seguridad para la vida. El recato femenino era un producto relativamente fácil en esas circunstancias.

—¿Qué le ha llamado más la atención en su viaje?—pregunté a un amigo que regresaba de los países escandinavos.

—La libertad de las solteras—me respondió. Y añadió a renglón seguido:—Todas trabajan, y las estiman como a los hombres, por su honradez, su lealtad, su eficiencia, sus condiciones de carácter, etc. La castidad ha dejado de ser la sola piedra de toque para aquilatarlas.

Formulé la misma pregunta a una amiga que retornaba de los Estados Unidos. La respuesta fué semejante.

—Lo que más me ha extrañado es la forma cómo viven las mujeres jóvenes. Trabajan en multitud de cosas y se sienten del todo independientes. Las más, habitan solas en sus departamentos en donde reciben indistintamente amigos y amigas. ¿Son honestas? ¿No lo son? Nadie osa interrogarlas, y, siempre que guarden los cánones de las

## MEDITACIONES BREVES

## Un aspecto del problema sexual

### La libertad de las solteras



apariencias sociales, reciben el homenaje de la consideración general.

Naturalmente, medido con la vara de los diez mandamientos, ello es profundamente inmoral; mas, convengamos (sin que esto sea una excusa) en que antes que la mujer diera este paso, el hombre le había señalado el camino, puesto que al muchacho independizado económicamente, tampoco se le exige otra cosa en este respecto, que discreción en la apariencia de su conducta. Se le aprecia por otras virtudes y no por la honestidad sobre la cual la gente prefiere no interrogarle.

Esto que la sociedad ha permitido al joven, ¿es bueno o malo? De atenernos a la ley moral es pésimo; si a la luz que sobre estos problemas arroja la ciencia de psicólogos y fisiólogos es malo cuando resulta nocivo para la salud física y el progreso espiritual.

Si preparáramos un balance de la moralidad sexual de fines del siglo pasado, deberíamos colocar en un ítem la honestidad de la mayor parte de las mujeres; la licencia excesiva de la inmensa mayoría de los hombres y la esclavitud abyecta de un número relativamente pequeño de mujeres

marcadas para servir de pasto a la bestialidad humana.

En la postguerra, sin duda, que la ética sexual ha sufrido un descenso extraordinario; pero ya ahora mismo la popularización de los preceptos higiénicos, el florecimiento de los deportes, el que espíritus tan magistrales como el de Marañón en España, para no mencionar sino al que tenemos más cerca, prediquen en nuestro siglo—acusado de inmoralidad—y a nombre de la ciencia, la excelsitud de la castidad voluntaria, insinúan una probable disminución de excesos en la conducta de hombres y mujeres de cultura elevada. La total abolición de la esclavitud blanca es otro paso que tiene que dar el mundo, de manera que, considerada en su conjunto, la perspectiva de la moral sexual en un porvenir cercano, no va a presentar esos rasgos violentos y abruptos de ayer, sino una curva, ahora baja, pero con tendencia a subir a medida que en todas las capas sociales vaya infiltrándose una mayor cultura científica y ética en estas materias.

Mas, volvamos a nuestro punto de partida: el trabajo y la libertad de las solteras.

Es probable que la colaboración femenina a la fabrilidad del mundo, acreciente la riqueza contada en circulante; pero al mismo tiempo disminuye la proporción de los matrimonios y de los nacimientos, es decir, del más noble capital con que cuenta la raza: el niño.

Se arguye contra esto que el descenso de la natalidad es compensado con el mayor número de sobrevivientes; es decir, que mientras las familias de antaño y algunas de hoy, alumbran diez, doce hijos o más, cuya mayoría fenece antes de llegar, siquiera a la adolescencia, los vástagos de hogares menos numerosos, tienen muchísimas más probabilidades de crecer sanos y alcanzar a ser mujeres u hombres eficientes.

Lo grave es que los términos que en la realidad presenta esta ecuación sociológica son algo más complejos...

Es frecuente observar familias indigentes que, a pesar de todas las circunstancias adversas, conservan una dilatada progenie, y que, en estos casos, cuando la madre está impelida a trabajar fuera, los niños crecen abandonados a todos los peligros de la calle y el vicio.

Esto de un lado de la escala social. Del otro...

Recuerdo mi sorpresa, mi espanto casi

cuando en un congreso pedagógico del que tomé parte en los Estados Unidos, una de las asistentes propuso la creación de *crèches* para niños millonarios. Me parecía entender mal. Ella explicó. La madres, solicitadas por las innumerables obligaciones de la vida social, no tienen tiempo de cuidar personalmente a sus vástagos. Entre dejarles—como hoy sucede—en manos de sirvientes o ayas ignorantes, ¿no sería muchísimo más provechoso crear asilos espléndidos, la última palabra de la higiene y el bienestar, a cargo de preparadísimo especialistas?

—¿Qué índice de una civilización—me decía yo.—Aquí, la madre pobre, bregando fuera de su casa, envidiando acaso a las adineradas la gloria de tener para sí a sus niños todo el día! Acá, la señora de la brillante sociedad, que no tiene tiempo para preocuparse de ellos!

¿Puede la humanidad soportar el fardo de las consecuencias durante muchas generaciones? ¿No estamos en un momento en que precisa abordar estos problemas del trabajo femenino y de su libertad, desde otros puntos de vista? ¿Volver al pasado? Imposible. No está en la mano de ningún hombre, fuera él un nuevo Napoleón, revisador de códigos y hacedor de imperios.

A m a n d a L a b a r c a H .

Santiago de Chile,  
Octubre de 1928.

## El sentido de la inferioridad

HE aquí una teoría vieja como el mundo, pero la cual no se ha estudiado convenientemente ni se había presentado en forma de libro.

El Dr. Alfred Adler, afamado Profesor de Viena, fundador de su propia escuela de psicología individual y popularmente reconocido como el padre de la teoría arriba anunciada, ha venido a los Estados Unidos a decirnos sobre sus estudios y observaciones en campo tan interesante. El otro día habló en Hartford y tuvimos la suerte de estar entre sus oyentes.

Para empezar, dijo él, cada uno de nosotros tiene sentimientos de inferioridad. Como dice la filosofía popular, cada uno tiene sus flaquezas o sabe de qué pie cojea, pero, no se lo decimos a nadie.

Como niños, continuó el Profesor, todos somos débiles, dependemos moralmente de los demás y, naturalmente, nos sentimos inseguros en mayor o menor grado. Esto explica, comento yo, la tendencia general de cortejar la opinión pública o social, según la inclinación de nuestras ambiciones.

Nada hay en esto para avergonzarnos, afirma el Dr. Adler; pero, a menos que nuestra educación sea bien atendida, hablamos de la educación de nuestro carácter y de nuestra voluntad, el sentido de inferioridad, en vez de ser lo normal, tomará completa posesión de nuestro ser moral y nos convertirá en seres de una complejión realmente inferior.

El sentido de inferioridad, afirma el Profesor vienés, se muestra en nuestro trabajo, en la vida social, que envuelve la vida política, y en los asuntos del sexo.

Seguir paso a paso al interesante conferencista sería tema largo para un artículo de periódico y difícil para quienes, por razón de nuestras diarias labores comerciales, tenemos que escribir de prisa.

A los pocos ejemplos que citaba él, es decir a las observaciones que él ha hecho en los medios europeos, muchas de las cuales retratan las flaquezas que son la herencia común de los hombres de todas las razas, se pueden agregar muchas características de nuestro medio, que confirman

Hace falta que todos pensemos en estas cuitas generales y busquemos una fórmula que concilie los intereses de la comunidad con los del individuo.

En la actual literatura comienzan a aparecer libros firmados por mujeres en que el feminismo inicia su regreso. *La mujer frente a la vida*, de Gina Lambroso, es una elocuente y magnífica peroración en tal sentido. *Cinco mujeres en una galera*, de Suzanne Normand, exhibe con luces patéticas esa libertad que tan poco las ayuda para hacerlas permanentemente dichosas o para mejorar la calidad del mundo. La mujer principia a desencantarse de sus conquistas, de esas que tan lejanas y tan maravillosas aparecieron a sus abuelas, por la que tantas lágrimas sacrificaron sus madres. Cuando la niña soltera llega a la edad en que no se juega con la vida, en que acechan la vejez, el desamparo y la soledad, entonces, su libertad no le parece tan apetecible; pero tampoco puede volver atrás...

¿Cuál va a ser el camino de nuestras hijas? ¿Qué podemos hacer nosotras para ahorrarles nuestras decepciones y nuestros fracasos? ¿Qué fórmula nueva va a resolver este problema que cada día se torna más presionante y más angustioso?

con creces la teoría de este profundo hombre de ciencia.

Se refirió él a los fanfarrones, que en todas partes son iguales. Compensan ellos con sus baladronadas un íntimo sentido de su falta de valor moral. Aquellos que siempre están empeñados en criticar a su prójimo, obsérvese bien, tratan solamente de balancear sus propias deficiencias. Creen que cuanto más se degrada a los demás, crece más su propia estima. El hombre cuya propia conciencia le reprocha cuentas no limpias, el estafador adinerado, siempre estará proclamando su honradez inmaculada. El hombre realmente honrado no habla de estas cosas. El que nada vale, que desconfía del concepto en que las gentes le tienen, alardeará, por contraste, del aprecio en que lo tienen las gentes de bien. El hombre tímido, sin personalidad, que sobrelleva servilmente las más espantosas vicisitudes, incapaz de redimirse de un medio que mira inconforme, de pronto asume actitudes de una arrogancia extraordinaria y pretende siempre referirse con desprecio a hombres más dignos que él. Estos hombres, en lo general violentos, no tienen valor para afrontar las luchas que provocan y aparentando una dignidad que realmente les falta, se niegan a oír los argumentos de sus adversarios. Son el usual tipo del hombre que insulta y rechaza sin ver las respuestas.

Una de las causas determinantes del sentido de inferioridad, la primera que el Profesor Adler estudió en uno de sus libros, son las deformaciones o deficiencias físicas. Esto fué el tema de su primera obra, publicada en 1907 bajo el título de *Inferioridad Orgánica y su Compensación Psíquica*.

Todos sabemos, aún antes de haber leído obras semejantes, que todo defecto físico mantiene latente un sentimiento de prevención que no es más que el sentido de inferioridad que reacciona de modo semejante, y la prudencia aconseja ser muy cuidadoso con los que así se han visto tratados por la madre natura.

El hombre pequeñín es generalmente arro-

gante. Quiere así compensar lo que le falta en estatura. *Little fellow, big feelings*, dicen en Estados Unidos. El cobarde y deslenguado siempre meterá mucho ruido, como para poner en fuga con sus palabrotas y adjetivos al contender y no verse en la necesidad de afrontar una situación peligrosa.

Aplicando estas teorías a muchos de nuestros problemas, es decir, a las gentes nuestras, parece uno explicarse ciertas tendencias.

El hombre nuevo, es decir, el producto nuevo de nuestra democracia, muy comúnmente, en cuanto escala algunos peldaños sociales, quiere ocultar su sangre revuelta, ostentando escudos de una nobleza que no le pertenece; el zambo mira con antipatía instintiva al hombre de mejor abolengo; el extranjero rastacuero, que se ha conquistado una mediana posición pecuniaria o social, quiere cubrirse con vestiduras doradas, para esconder el pasado. El político con poca solidez de ideas o sin una buena preparación intelectual, pronuncia discursos candentes y echa cargos formidables en medio de una retórica altisonante, para compensar lo que falta en meollo.

Todas estas son reacciones que es curioso observar. Un caballero de indiscutibles méritos personales, un luchador, a quien admiran quienes de cerca observan cómo ha desenvuelto su vida, nos mostraba la carta arrogante de un modesto tenedor de libros en que mientras lo denigraba, hablaba de sus propios méritos, del conocimiento profundo que él tenía de la vida para ser benévolo (?) con sus semejantes. Este pobre hombre pretendía degradar a quien sin duda valía más que él. Acostumbrado a los balances, inconscientemente balanceaba su personalidad de una manera divertida.

Otro observador traía a cuento a un parroquiano enclenque, hablador de una arrogancia desmedida, quien se creía favorecido de la más alta estima entre las gentes. Este hombre (y el caso es frecuente) mientras catalogaba sus raros méritos y virtudes, hacía un inventario despiadado de los defectos que él creía ver en su prójimo. ¿Y qué significa todo esto?, dice el Dr. Adler. Que conseguimos engañarnos aparentemente, pero no engañamos a quienes nos observan.

Por supuesto, en gentes de talento, este sentido de inferioridad reacciona en veces muy útilmente. Muchos hombres de guerra, por ejemplo, han sido de estatura pequeña y hasta ha llegado a afirmarse que el verdadero hijo de Marte es pequeño. Obedece esto al principio de la nivelación. Lo que falta en estatura se pone, por arte de reacción, en una energía que bien disciplinada produce resultados. Posiblemente Napoleón, César y varios otros capitanes famosos, son productos de principio semejante. Muchos de los buenos pintores, se asegura, han tenido pobre visión, y por reacción, a fuerza de voluntad, fortaleciendo su lado débil, han llegado a hacer milagros de línea y de colores.

Una de las cosas que más contribuye a desarrollar en los niños el sentido de la inferioridad es lo que llamamos el *mimo*. Un niño *contemplado* acaba por confiar para todo en sus padres o tutores y se acostumbra a desconfiar de sus fuerzas, de lo que él puede hacer por sí. Y ya grande, este sentimiento de flaqueza moral trae por reacción tantas desgracias, una de ellas el suicidio y entre gentes vulgares, crímenes, violencias, etc. El hombre que siente sólidas sus razones, su mentalidad, sus músculos, raramente tiene explosiones bruscas; por el contrario, es razonado, frío, sereno. Y así son colectivamente los pueblos en sus manifestaciones políticas. Inglaterra, como país fuerte, es la madre y señora de una política fría.

Los años más importantes para el desenvolvimiento del niño, son los primeros cinco años. Es entonces cuando la madre debe impresionar su fantasía con sistemas que desarrollen en él cierto sentido de superioridad, es decir, de confianza en sí mismo, de independencia, de respeto a los demás. Así crearemos hombres de verdad y no esa cáfila de neuróticos, de seres prevenidos, violentos, que en gestos de postiza arrogancia ponen lo que les falta en solidez y que envenenan no sólo su propia vida sino que emponzoñan el ambiente en que se agitan.

Todo esto nos hace recordar la historia de una india que a su paso por la Iglesia de Las Nieves, en la capital de Colombia, entra y se pone de hinojos ante el altar. En

ese momento se rezaba un trisagio en que las devotas contestaban en coro: «Señor! toda criatura te alabe y te glorifique».

La pobre india, por seguir la corriente, pero sin entender lo que se decía, contestaba en alta voz con los feligreses: «Señor! Toda criatura tiene su munifique».

Lo mismo que ahora afirma el Profesor Adler. Todos tenemos nuestro *munifique*, palabra que no he visto en diccionario alguno pero que sin duda significa algo. La cuestión es estudiarnos, ver de controlar nuestras flaquezas, saber sobrellevar a los prójimos, y para contribuir con nuestro grano a la vulgarización de estas curiosas teorías, es que pergeñamos esta reseña con destino a la prensa de Colombia.

Enrique Naranjo

Boston, Oct. 1928.

## El sembrador desconocido

DESOLADO, árido, el promontorio se hundía en el mar como un reptil que hubiera bajado a beber agua.

Las brisas cargadas de sales, las aguas amargas, un sol despiadado, secaban todo esfuerzo de verdor. Y el centenario reptil sediento no terminaba de aplacar su sed.

Un día un hombre, prófugo de las leyes de los hombres, vino al promontorio. Entre las cavidades de las rocas permaneció escondido durante largo tiempo. Disciplinó su organismo comiendo sólo mariscos sin cocer y bebiendo el agua de lluvia retenida en los huecos de las piedras.

El traía sin saberlo la redención del promontorio.

\*\*\*

En su fuga, al atravesar la montaña, había saciado su hambre, y aun colmado sus alforjas, con frutas silvestres; rico botín que se agotó muy pronto. Las semillas arrojadas en la tierra estéril secaron casi todas, pero algunas más tenaces, más virtuosas, vivieron por sobre todo.

Con el tiempo, en el promontorio árido creció un bosque de almendros que arrojaba durante casi todo el año su cosecha. Al amparo de este verdor y de esta sombra, vinieron pájaros errantes a refugiarse. Por las tardes el viejo reptil se embelesaba de músicas y de aleteos.

Más tarde estos huéspedes, vencedores de las distancias, que retornaban de cada viaje con un tesoro de granos y de espigas, hicieron un oasis del antiguo peñón inhabitable. Pronto se levantó un hogar. Un hogar primitivo, hecho con trozos arrojados por el mar y cubierto con zacate de los maizales. Entre la arboleda se alzó una columna de humo, himno de vida lanzado al infinito, e iluminaron las primeras llamas de una hoguera, altar en que el hombre glorificó su triunfo sobre la naturaleza.

\*\*\*

Nadie supo nunca el paradero del hombre que huía de las leyes de los hombres. Ni hacía falta puesto que había cumplido su misión.

Ahora decidme: ¿Ese ser miserable, acaso perverso, no merece más, en nombre de la vida, que tantos héroes a quienes la ambición o el fanatismo lanzaron, amparados por esa misma ley, a la carnicería y el odio de sus propios hermanos?

Fué un misionero inconsciente de la vida. Pero aun así, era un predestinado: Engendró Vida. Creó Amor.

\*\*\*

Yo elevo aquí mi homenaje para el sem-

brador desconocido, que ha poblado la tierra de plantaciones, de huertos, de jardines. ¿Acaso no vale más, no ha hecho infinitamente más por la humanidad, y aún por su misma patria, que el soldado desconocido, que infantilmente, empujado por crueles manejadores de intereses, vertió su sangre en los campos de batalla, después de haber sembrado él mismo la desolación y la miseria?

Pasó la espantosa hecatombe europea, donde casi se agotó la savia joven de la civilización occidental. Los conceptos de patria y patriotismo—que arrojaron a las masas ciegas a destrozarse mutuamente, para vengar los agravios inferidos a un monarca o suprimir competencias comerciales en favor de una cofradía de adinerados—se vinieron al suelo, arrastrando en su caída las esperanzas de los que se benefician traficando con la sangre y el odio.

Parecía que no habría más guerras. Las lágrimas derramadas por las viudas, las madres y las huérfanas, formaron un torrente que apagó todas las hogueras. Sin embargo, el espíritu siempre atento de Cain sugirió a los hombres un nuevo símbolo para mantener vivo el odio y la discordia: *El Soldado Desconocido*.

Cada país alzó su monumento en honor de las víctimas ignoradas. En él mantiene encendida, día y noche, la lámpara de la venganza.

Y en París y en Londres y en Berlín se reverencia este nuevo ídolo, que exalta el castigo del victimario extranjero y alienta el monstruo de la revancha. ¡Sabio método para conducir a los pueblos como rebaños éste de desatar sus bajos instintos, alimentándoles su odio y su rencor!

Lástima que todos estos dolores enlutados, en lugar de tejer coronas y elevar plegarias para sus esposos y sus hijos, en la sincera intimidad, recordando sólo la ternura desaparecida, tengan presente de modo inseparable el campo de batalla, la matanza impía y las bayonetas enemigas, a quienes atribuyen su orfandad o su viudez. ¡Pobres madres, esposas, hijas, que aún no comprendéis que los culpables no son los humildes soldados desconocidos, víctimas los unos y los otros, sajones, germanos y latinos, sino la vanidad y la ambición de los que dirigen!

Son dos símbolos. *El Soldado Desconocido* es el símbolo de la guerra, que mantiene viva la división entre los hombres. *El Sembrador Desconocido* es el símbolo del amor y el desinterés, el símbolo de la paz.

\*\*\*

Cuando veo alzarse los millones de pu-

jantes espigas, los predios fecundos, me imagino los incontables ignorados campesinos, que nacieron, vivieron y acabaron, dejando sus energías y sus sueños sobre los surcos abiertos, para enriquecer la tierra de los otros y obtener el pan para todos. Sobre ellos pesa el más ingrato de los olvidos.

Es cierto que no necesitan monumentos que glorifiquen su esfuerzo, ¡qué mejor monumento que la ofrenda de los campos en la primavera! En su loor sacuden sus alas los molinos y la neblina agita sus pañuelos de batista! Pero les debemos un recuerdo, siquiera el que impone la gratitud.

Y al decir sembrador, con el alma arrojada debemos musitar estas palabras: Maestro de escuela. Nunca enalteceremos lo bastante al humilde, paciente y noble maestro, que perdido en la monotonía de una aldea, enseña las primeras letras. Tierra ingrata para el cultivo es el cerebro del hijo del campo y su espíritu, un manantial difícil de encauzar. Pero estos pastores de voluntad lo pueden todo.

Hosanna al sembrador desconocido. Al que sembró para el cuerpo y al que sembró para el espíritu. Recojamos con fervor su suprema lección. Héroes anónimos que supieron darse enteros a la patria, no en la muerte sino en la vida. Su ejemplo nos sugiere: «No basta morir por la patria, hay que vivir para la patria». Máxima más fecunda y más difícil que aquella que nos pide nuestra sangre, que es bien poca cosa, y con la que no se es útil ni al progreso ni al amor de los hombres.

¡Hosanna para ellos, que crearon vida, que engendraron amor!

Julio Enrique Avila

San Salvador, Setiembre de 1928

## Contra Haya de la Torre

=De Patria, San Salvador=

En El Día de ayer, se hacen tremendos comentarios contra Haya de la Torre, nuestro amigo muy estimado.

No queremos discutir esos comentarios. Queremos, simplemente, decir que para nosotros, que seguimos paso a paso, desde hace cinco años, la labor de Haya de la Torre, éste es un hombre que honra a la América Española en todo sentido.

Queremos también afirmar, que es absolutamente inexacto que Haya de la Torre haya solicitado que le dieran pasajes para Costa Rica. Sin duda han confundido pasajes con pasaportes, lo cual es muy distinto.

Nos tocó intervenir en todo lo referente al viaje de Haya de la Torre, desde su asilo en la Legación Mexicana hasta su llegada a bordo del barco en que se fué para Costa Rica, y estamos en capacidad de afirmar, bajo nuestra palabra de honor, que no se le ocasionó ni un centavo de gasto al Gobierno Salvadoreño.

Estas palabras no encierran intención política de ninguna clase. Son, sencillamente, el tributo de justicia que un caballero debe a otro, aun cuando no mediara tanta amistad y estimación como las que hay entre Haya de la Torre y nosotros.

Alberto Masferrer

# Margarita Ogilvy

Por su hijo

JAMES M. BARRIE

CAPÍTULO II

## Su infancia y mocedad

Lo que había sido su vida y lo que debía ser la mía eran los dos grandes temas de conversación entre ella y yo, y mientras recordábamos lo primero estábamos decidiendo lo segundo, aun sin reparar en ello.

Antes de cumplir yo diez años, un gigante llegó un día a nuestro pueblo, y cuando venimos a darnos cuenta ya él había tomado posesión. Púsose a transformarnos en una nueva comunidad con una rapidez que apenas nosotros los pequeños podíamos seguir, como que tan pronto él terminaba una represa nosotros echábamos balsas a flotar en sus aguas; las casas que él demolía servíannos a nosotros para jugar al pillarse entre sus escombros; él cavaba fosos para que nosotros los saltáramos, y sus obreros tenían que tirarnos de los pies de bajo de las ruedas de sus máquinas, o sacarnos del fondo de los pozos. Pero aun cuando no había novedad a la que nosotros los niños no pudiéramos adaptarnos en media hora, la gente vieja repecha con paso más tardo, y estoy cierto de que ellos se quedaban estupefactos ante la transformación que se operaba entre nosotros, y hasta les costaba hallar el camino familiar en la oscuridad. El chasquido de la lanzadera fué ahogado por el zumbido del vapor, los telares de mano fueron arrinconados como mueble que se echa a un lado para dejar espacio a una danza. Cada mañana a las cinco y media el pueblo se despertaba al silbato del motor, y de lo alto de la chimenea, que recortaba su perfil en nuestro cielo, el conquistador hacía flamear para siempre su bandera de humo. Era el alba de otra época, de nuevos hábitos y costumbres, nacidos con el vigor de un mancebo; y con la misma rapidez con que dos personas cambiarían de asiento, la joven que había sido hasta entonces nada más que una tejedora de medias, se transformaba en el sostén de la familia, y quien lo había sido hasta entonces pasaba a remendar medias: lo que había sido hasta ayer un nido de tejedores era hoy un pueblo de muchachas obreras.

No soy de aquellos que condenan el cambio; algo ha de valer, de seguro, que las espaldas no se encorven prematuramente, y que ya no se vea a través de los polvorientos vidrios del taller doméstico a los pobres viejos que tejen con manos temblonas

para ganarse un pedazo de tierra en el cementerio. Al contrario, sus años de labor son demasiado pocos ahora, no porque ellos lo quieran así, sino porque los telares mecánicos necesitan la presteza y el ojo de la juventud. Por lo menos, esto les enseña a ser precavidos, para lo cual tienen ahora más medios de ahorrar que nunca. Ya no se envían batallones de muchachos al instituto, apenas uno por cada media docena que iban cada año, y esto es sin duda porque ahora están en situación de ganarse la vida tan pronto como pasan los catorce. En esto algo se sacrifica, por supuesto, pero toda la pérdida sería como una piedrecita en un océano de bienes si no fuese que con la entrada a trabajar en las fábricas de tanta mujer, y muchas de ellas madres de hijos pequeños, la vida del hogar no es hoy tan hermosa como antes. Tantas de las grandezas de Escocia provienen de lo estrecho de las relaciones de familia; es allí donde a veces se me ocurre que mi país tendrá que sufrir. Eso de que todos estamos siendo uniformados en un nivel de mediocridad, que ya no abunda el «carácter» y que la vida es menos interesante, son cosas que andan impresas por ahí, pero que no creo. Hasta he oído invocar esto como el motivo que me impulsa a escribir del tiempo pasado, y por lo menos en esto no han acertado con la verdad. En nuestro pueblecito, que es parecido a muchos otros, la vida sigue siendo tan interesante, tan

conmovedora y tan alegre como siempre; nunca ha habido un grupo de tejedores de más lucida apariencia y más grata evocación que la cascada de hermosas muchachas que baja por nuestras calles al abrirse las compuertas de las turbinas de las hilanderías; la comedia de las tardes de verano y de las veladas de invierno en torno al fuego continúa representándose con el antiguo ardor, y cada persiana es como el telón tras el cual se desarrolla una escena romancesca. Al cerrarse las puertas y encenderse las luces en un pueblo, lo mejor de su vida escapa a la mirada del curioso, y ¿cómo podría él adivinar siquiera lo que pasa en una sola de sus ventanas? Y quienquiera que mire a una ventana iluminada, ¿para qué necesita recurrir a los libros? ¿Por qué mis libros se ocupan del pasado en vez de pintar la vida que yo conozco? Es simplemente porque pronto me fatigo de contar historias, a menos que no aparezca allí una chiquitina, de que mi madre me ha hablado, retozando muy a sus anchas a través de las páginas. Tal ha sido la influencia que los recuerdos de la infancia de mi madre han tenido sobre mí desde que era un niño de seis años.

Esas inacabables conversaciones con ella me hacían ver su infancia tan a ló vivo como la mía propia, y con muchos nuevos atractivos, visto que para un niño la cosa más curiosa del mundo y la que más reflexiones le trae, es el hecho de que su madre fué también una vez pequeña; y el contraste de lo que hoy es con lo que fué, es acaso la fuente de las más divertidas observaciones. Mi abuelo materno, el héroe venerado de ella, murió nueve años antes de mi nacimiento, algo para mí asombroso, a tal punto la recia silueta del albañil-picapedrero me la imaginó

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa, más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

### FABRICA:

#### CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

#### REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

#### SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

**SAN JOSE — COSTA RICA.**

sentada en la vieja silla donde me criaron y en la que hoy me siento a escribir mis libros. Por fuera el hombre era tan rudo como la piedra que canteaba: su cara estaba teñida de rojo por el polvo de la cantera, su espalda se encorvaba y el asma no le dejaba en paz: tarde o temprano esa tos se lo va a llevar, pero mientras tanto eso no ha de impedirle ir a su trabajo, ni siquiera las grietas de sus manos mientras ellas puedan empuñar el pico. Noche de lluvia o de nevasca: mi madre, la chicuela de delantal que cuida de la casa, ha salido ya muchas veces a la puerta a ver si él llega. Al fin aparece con la respiración silbante. Otras veces le veo camino de la iglesia, de la cual era una de las más firmes columnas, y lleva en su boca una expresión de firmeza como si hubiera de tomar parte en un juicio disciplinario: pero de vuelta a casa la compasión le trae cabizbajo. Puede que su pequeña hija, que le vió tan severo hace una hora, no comprenda por qué prolonga esta noche sus plegarias, o por qué al levantarse de donde estaba arrodillado viene a abrazarla con inusitada ternura. Otras veces él está en esta silla recitándole a su hija su poema favorito *El Sueño del Cameriano*; a la primera línea dicha con tanta solemnidad

*En las alas de un sueño fui raptada una noche*

ella se excita hasta el punto de gritar, lo mismo que yo he gritado años después cuando ella me repetía a mí los versos con la voz de él. Otras veces yo veía, como desde un balcón, cuando ella salía a través de los campos para el sitio donde su padre trabajaba, llevándole su comida. Va entonando una canción a media voz y entretenida en balancear la olla del almuerzo, salta los torrentes y se vuelve con satisfacción a medir con la mirada la anchura del salto, pero no se detiene a menos de encontrarse con un pequeñuelo. Su pasión por los niños hace que se detenga a abrazar a todos los que encuentra, pero mientras los acaricia no deja de reparar en cómo están hechos sus trajecitos, para después cortar de memoria moldes de ellos que han de quedar por ahí cuidadosamente guardados; y cuando el tiempo llegue, el primer vestido para su primogénito será confeccionado con esos moldes, sacados cuando ella estaba en sus doce años.

A los ocho años de edad la muerte de su madre la había dejado de dueña de casa y de madre de su hermanito menor, y desde ese día la ocuparon el remendar y el cocinar, la limpieza y la costura, el regateo con el carnicero por el cuarto de libra de carne de vaca y el corte de hueso

de dos centavos que ha de servir para la comida de dos días (pero quien vea en esto la pobreza, será porque no sabe lo que la palabra significa); y traía el agua de la noria y tenía su día para el lavado y su día para el planchado, sin que faltara una media en el obrador para los ratos desocupados. Gustábale el charloteo con las vecinas como a cualquier mujer, y toleraba los caprichos de los hombres de la familia con una benévola sonrisa... y todo lo hacía sin aspaviento, saltando gozosa de la cama porque la esperaban tantos quehaceres, y haciéndolo todo tan bien y con tanta compostura como si las futuras aprendices de dueñas de casa ya la hubieran tomado por modelo, para luego escaparse en un arranque infantil, ajugar, a correr la llave o a la gallina ciega con otras criaturas de su edad. Alcanzo a evocar el tiempo



Enrique Hine,

*poeta costarricense cuyos días terminaron en octubre pasado. Lo quisimos, lo estimamos, lo aplaudimos. Dejó fama de caricaturista hábil. De su musa festiva, muchas estrofas no se marchitarán. De su contacto con los poetas ingleses, nos quedan algunas versiones excelentes, como la que hizo de la Elegía de Gray. Que manos piadosas recojan su estimable producción literaria. g.m.*

### A Enrique Hine

In memoriam. Al poeta que murió del corazón.

¡Se me hace duro, Enrique, creer que te hayas ido!  
Tus tormentas... tus sueños... tu desdén...

¿Era cierto?

¡Era tu corazón capitán decidido  
a bogar por los mares y a no hallar nunca un puerto!

Cuéntame, Enrique: ¿allá tu bajel, el querido  
mar abierto hallará? ¿En ese mundo incierto  
también habrá sonrisas para forjar olvido?  
¿También reir podremos desde un gran mar abierto?

Me has dejado pensando muchas cosas muy hondas:  
que halles tus Venus mancas, tus soñadas Giocondas,  
todos los imposibles que amaba tu ilusión.

Pues si así no sucede, sucederá lo mismo:  
que en los Reinos del Padre buscarás el abismo,  
...y morirás de nuevo, también del corazón!

Rafael Estrada

Octubre 27 de 1928.

en que se alargan sus vestidos, y en que ha de renunciar de mala gana a los juegos. El horror de mis días infantiles era el darme cuenta de que llegaría un tiempo en que me sería forzoso dejar los juegos, aunque no atinaba cómo haría para conseguirlo (esta agonía vuelvo a sentirla aun en sueños, cuando me sorprende jugando a las bolitas, y me doy una mirada de frío reproche); comprendiendo que me iba a ver obligado a seguir jugando a escondidas de los demás, hice sobre esto mis confidencias a mi madre, y cuando ella me refirió su propio caso, ambos nos convencimos de que eran muy semejantes. Ella ha descubierto que el trabajo es al fin de cuentas el juego más entretenido, y aunque yo también he llegado al fin a la misma conclusión, uno y otro tenemos nuestros renunciados.

Puedo decir cómo era su traje favorito a esa edad que se escoge para las heroínas de novela: era un vestido azul pálido con sombrero del mismo color, cuyas cintas blancas iban coquetonamente anudadas bajo la barbilla. Cuando se le preguntaba acerca de este tocado, jamás pudo hacérsele confesar que la hiciera verse hermosa, pero decía sin que faltara el sonrojo, que el azul era el color que le sentaba mejor. Una sonrisa solía acompañar estas palabras, como a la evocación de algo, y si estaba de humor, comenzaba a contarnos de un mozo que... pero no pasaba de allí y terminaba la alusión con una de esas sonrisas que tardan más en borrarse. Nunca se la oyó jactarse, sino por el contrario, negar enérgicamente que trajera los galanes al retortero, pero una sonrisa venía de nuevo a interponerse entre nosotros y una convicción sincera. No hay para qué negar que tenía sus pequeñas vanidades; al ponerse por primera vez su anillo de amuleto, llevaba el dedo en tal forma que hasta el menos curioso lo habría notado. Le preocupaban grandemente los guantes, y escondía sus botinas para que nadie fuese a ponérselas por equivocación, y cuando olvidaba el sitio en que las había ocultado, se ponía sospechosa de quien daba con ellas. Un buen medio de provocar su enojo era el decirle que su sombrero del año pasado podría servir este año sin necesidad de un arreglo, o que ni por arte de magia se podría contar el número de sus chales. En uno de mis libros hay una madre que está a punto de partir con su hijo para el pueblo donde éste ha sido solicitado como pastor, y que se detiene en el umbral a preguntarle ansiosa si a su parecer el sombrero que ella se ha puesto le «sienta» bien (1).

(1) En *The Little Minister*

Un revistero al ocuparse de mi libro en una crítica de periódico, decía que la madre procedía así no porque le preocupara su apariencia, sino pensando en la impresión que tendrían de su hijo. Esto, bien lo recuerdo, divertía a mi madre enormemente.

He visto muchas copiosas nevascas, pero la que me parece recordar mejor ocurrió cerca de veinte años antes de mi nacimiento. Fué para los días del casamiento de mi madre con el hombre que habría de ser el más devoto, a la vez que un bien-amado compañero, un hombre que estoy orgulloso de poder llamar padre. No sabría decir por cuantos días había estado cayendo la nieve, hasta que llegó una hora en que la gente se descorazonó de seguir abriendo un sendero a través de ella; a la mañana siguiente era imposible hacerlo, pues las paletadas no alcanzaban al borde del talud. Su masa compacta bloqueaba las puertas al domingo siguiente, y sólo las gentes atrevidas que se aventuraron a romper el sitio gatearon hasta la casa de mi madre a discutir el predicamento en que ésta se hallaba, pues de no hacerse las proclamas en la iglesia ese mismo día, pudiera ser que no la casaran por toda una semana más. ¿Y cómo se podría hacer las amonestaciones, aislados como estaban del pastor y con la iglesia sepultada hasta la cintura en la nieve? Para llegar al cómo les tomó varias horas de discusión, y por fin algunos hombres salieron para la iglesia, que se hallaba distante varios centenares de metros. Tres de entre ellos encontraron una ventana, y colándose por ella pudieron «gritar» a la pareja, y así fué cómo se consiguió que mi padre y mi madre se casaran el primero de marzo.

Presumo que esto sería el fin de la historia, si historia fuera, pero para mi madre era solamente otro comienzo, y ni siquiera el último. La veo inclinada sobre la cuna de su primogénito, teniendo ya en la mirada la promesa de darle una carrera (y mi padre no menos ambicioso), y luego es una niña que está en la cuna, y más tarde otra niña: una figura trágica para quienes conocieran su destino. ¿Quién podría decir si cierto instinto no le advirtió a mi madre que el día supremo de su vida fué cuando concibió a esta hija? De lo que estoy seguro es que, desde un principio, la niña siguió sus pasos con ávidos ojos, y viendo hasta qué punto necesitaba su ayuda, se afanaba por crecer a dársela pronto. Mi madre nunca tuvo mucho vigor físico; era su espíritu lo que la sacaba airoso en sus tareas, y por aquel tiempo tenía recaídas tan frecuentes,

# MONDE

## Grand Journal Hebdomadaire International

**D'information littéraire, artistique, scientifique, économique et sociale**

---

<b>COMITÉ DE DIRECTION:</b>	<b>TÉLÉPHONE - GUTENBERG</b>	01.69
ALBERT EINSTEIN, MATHIAS MORHARDT	— —	01.71
MAXIME GORKI, LÉON BAZALGETTE	— —	02.80
UPTON SINCLAIR, LÉON WERTH	— —	13.12
MANUEL UGARTE	— —	13.12

114, RUE MONTMARTRE. — PARIS - 2e

**Monde** paraît tous les samedis sur 12 pages illustrées.

**Monde** sera un grand organe d'information et de critique littéraire, artistique, scientifique, économique et sociale qui ne négligera aucun domaine de l'activité intellectuelle.

**Monde** sera absolument indépendant. Il n'obéira au mot d'ordre d'aucun parti et ne fera la politique d'aucun parti. Mais dans le conflit qui met aux prises les forces du passé et celles de l'avenir **Monde** prendra nettement position.

Il luttera contre toutes les formes de la réaction.

Il travaillera au rapprochement des travailleurs manuels et intellectuels.

Il combattra l'individualisme outrancier dans la production artistique et littéraire et lui opposera les éléments, encore épars et hésitants, d'un art robuste et sain puisant sa force dans les profondeurs populaires.

**Monde** sera donc un journal de combat. Mais comme tel, il entend éviter à la fois le dénigrement systématique et l'apologie béate. Son action s'appuiera sur une documentation rigoureusement contrôlée qui lui permettra de donner à ses lecteurs une image exacte de l'actualité universelle. Ainsi **Monde** poursuivra la mise au point objective, logique et claire des réalités contemporaines, dans le domaine des idées et des événements.

A tous ceux qu'un tel programme ne laisse pas indifférents nous adressons notre appel. Qu'ils viennent à nous comme collaborateurs, comme défenseurs et comme amis.

S'ils sont conscients des fatalités de l'avenir et des exigences de la force des choses, qu'ils se mettent fraternellement en rapports avec nous pour créer dans l'univers des centres de diffusion, de défense et de propagande

Le numéro: **Un franc.**  
Un año: \$ 2 1/2 oro am.

Si quiere suscribirse a **Monde**, entiéndase con el Sr. García Monge.  
Correos: Letra X. San José de Costa Rica.

que la arena llovía contra la ventana del médico llamándolo a su cabecera, y los hombres de la casa corrían de una parte a otra llevando sanguijuelas. «Está con vida, es todo lo que podemos decir» era la información que esperaba a los que venían a nuestra puerta. «Con sentimiento lo digo, escribe su padre en una antigua carta que tengo ahora ante mí: Margarita está en un estado como no la tuvimos peor en su vida. Hasta el miércoles en la noche su condición era tan grave como sea posible imaginar, para apenas mantenerse con vida. Con todo, después de ponerle sanguijuelas, etcétera, el médico dijo esta mañana que está ahora más esperanzado, pero hasta hoy sólo podemos decir que está con vida y en la guarda de Aquél que nos tiene de su mano. No podría darle una idea precisa del estado de mis sentimientos, y en realidad estos me oprimen demasiado y no puedo expresarlos. Miro de un lado a otro y no hallo consuelo, y si no fuera por la roca de salvación que está por encima de nosotros, mi espíritu decaería completamente; pero bendito sea el nombre de Aquél que sabe confortar a los afligidos. ¡Oh, que no me falte la fe en la Gracia Divina en esta hora de tribulación!

«Los días llegan en que puede decirse de ella que «está remendando su salud»; que pudiera ser que «saliera del paso» a fuerza de cuidados, «los cuales estamos resueltos a proporcionarle». El cuarto hijo murió de pocos días, y el siguiente a los dos años de edad. Esta criatura era la regalona del abuelo, y véase lo que escribe de su muerte aquel severo, rústico creyente de manos agrietadas:

«Espero que recibirías mi última, en que te hablaba de la enfermedad de mi querida Lidia. Ahora con honda pena debo comunicarte que ayer ayudé a bajar sus restos a la sepultura. Murió a las siete de la tarde del miércoles, me figuro que a la hora en que recibirías mi carta. El médico no se dió cuenta de que era el crup hasta tarde en la noche del martes, y se hizo todo lo que indicaba la ciencia médica, pero el doctor perdió la esperanza al ver que se confirmaban los síntomas del crup. Muy duro tendría que haber sido el corazón que no se hubiera ablandado en lágrimas a la vista de los sufrimientos porque pasó aquella criatura durante todo el miércoles, hasta que su delicada contextura quedó aniquilada. Ella estuvo con todos sus sentidos hasta dos horas antes de su muerte, y luego comenzó a decaer

para llegar pronto al último suspiro, y cada medicina que se le daba la tomaba con la mejor voluntad, como si esperara de ella la curación. No sabría pintarte lo que he sentido en esta ocasión. Yo creía que los manantiales de mis lágrimas se habían secado, pero estaba en un error, porque he de confesar que los amargos chorros corrían sin tregua por los surcos de mis mejillas; era una niña tan encantadora, y tenía conmigo tantas atenciones que siempre había de venir a contarme sus cosillas, y hablando de esto y de lo otro tenía expresiones que tocaban al corazón y las vivas imágenes de todo esto vienen a mi mente más de lo que debieran; aunque creo que se comprenda que uno se aflige un poco en tales casos. Pero mientras te describo mi propia pesadumbre no sé qué decirte de la afligida madre, que no había tenido en su vida un dolor que la hubiese puesto al borde de la sepultura como éste. La criatura anterior apenas estuvo una vez en sus brazos, y su cariño no tuvo tiempo de echar raíces en todo su ser. Temo que pase mucho tiempo antes de que llegue el día, si llega, en que se recobre de esta aflicción. Por más que antes ella no era robusta, ya estaba bastante mejorada, pero no sólo su espíritu ha sufrido, sino que también su cuerpo está tan débil que apenas se tiene derecho mientras se le arregla la cama, y casi no ha probado alimento desde la noche del lunes, y aunque han pasado algunos días, nada puede decirse de lo que podría ocurrir».

Él murió justamente una semana después de escrita esta carta, pero mi madre debía vivir otros cuarenta y cuatro años. ¿Podría él haberse imaginado que, con alegrías de una suerte jamás compartida entre ellos y de tan larga duración, la vida de mi madre a la muerte de él había comenzado apenas a adquirir su plenitud? Y con las alegrías debían venir sus tiernos, temblorosos camaradas, los dolores y pesares; otra vez debía verse traspasado su corazón y una y otra vez hallarse tan enferma que habríamos de repetir el «sigue con vida, es todo lo que podemos decir», pero todavía estaban a su alrededor personas ansiosas de servirla, algunas de ellas no nacidas aun al tiempo de morir su padre.

Todo me lo contó ella, y por eso mis recuerdos del pequeño pueblo rojizo se coloran con los recuerdos de ella. Yo le conocía tal como fué por generaciones, y de repente le ví cambiar, y su transformación no podía dejar de sorprender a un muchacho, ya que los primeros años son

los más impresionables (nada de lo que ocurre después que hemos pasado de los doce años tiene para nosotros mucha importancia); ellos son también los años más vividos cuando miramos a nuestro pasado, y más vividos mientras más lejos van quedando, hasta que al fin los años intermedios se doblan como un arco y los extremos se tocan. Pero si bien la ciudad nueva es para mí como un lente a través del cual miro lo viejo, las gentes que veo pasar para arriba y para abajo por las calles, sentadas con el gorro de dormir puesto sobre

sus telares, marchandó rígidas a la iglesia los domingos, dentro de sus trajes negros, no son tanto las gentes que he visto en mi infancia como sus padres y madres que hacían las mismas cosas cuando mi madre era joven. No puedo evocar el pueblo sin verla a ella en la figura de una niña que llega a la puerta de cierta casa y golpea su jarro contra el picaporte; o es noche de boda, y el carruaje con su caballo cariblanco sale en busca de una jovencita vestida de azul pálido, las cintas de cuyo sombrero van atadas bajo la barbilla.

## La carta

Para Rep. Am.

Sé que estuviste enferma,  
muy enferma.  
Sé también que la Muerte  
rondó, siniestra,  
en torno de tu alcoba  
y sé que en noches largas  
espiándote se estuvo,  
sentada al pie de tu virgíneo lecho.

Sé que estuviste enferma,  
pobrecita.  
Y una amiga indiscreta  
—la que más quieres tú—  
díjome que una tarde,  
oscura tarde de lluvia y de tormenta,  
le preguntaste:  
—¿Por qué no habrá venido...?—  
Lo sé, como imagino  
que en tus sueños

—laberinto de visiones—  
y en tu delirio  
y en tu semi-vigilia  
me verías muy lejos.  
caminando por sendas infinitas  
cuya meta  
estaba al borde mismo de tu lecho...  
Sé también que tus labios  
exangües,  
resecos y quemados por la fiebre,  
entre palabras locas  
murmuraban mi nombre.

¡Mi pobre amiga!  
Sé que sufriste mucho;  
semanas y semanas  
se prolongó tu mal entre agonías.  
Tu madre y tus hermanas  
lloraban a escondidas  
y el médico tenía un gesto ambiguo  
cada vez que salía de tu alcoba.

—¿Cómo la ve, doctor?—  
Y aquél hacía un gesto y apenas respondía...

Días de angustia.  
noches de tortura.  
Y tú,  
extenuada y febril  
—muriéndote—  
¡oh pobre y dulce y linda amiga mía!

Ahora ya estás mejor.  
Al sol y al aire  
abrieron los balcones de tu alcoba

que se llenó de lumbres y de aromas.  
...Convaleciente:  
¡ah qué palabra dulce  
cuando se dice de una  
muchacha rubia, soñadora y bella!

(Así, Rubén Darío  
te dedicara su mejor poema)

Convaleciente:  
florearán espléndidos carmines  
sobre tu cuerpo blanco,  
como rosas abiertas  
en campo de jazmines.  
Sonreirá tu boca; tu mirada  
otra vez cobrará su ardiente lumbre  
y tu carne hoy marchita y desteñida,  
recobrará sus tonos nacarinos  
y sus formas armónicas y espléndidas.  
Estatua, maravilla  
que se descubre ante el asombro unánime.  
tu cuerpo de amapolas y de lirios  
—resurrecto—  
otra vez lucirá, triunfal, magnífico.

Y de nuevo, la vida...  
La vida cotidiana:  
los teatros, las amigas,  
las fiestas, los paseos,  
el flirt que engaña los tediosos días...  
La sangre ardiente y moza  
prendiendo llamas en el cuerpo sano.  
La salud,  
el goce pleno  
de sentirse vivir, lozana y joven,  
reidora y bella.

...y entonces, ah, y entonces  
¡cómo en tu mente las visiones nuevas  
irán difuminando mi recuerdo!  
Entonces me verás, como en las horas  
de fiebre y de agonía,  
caminando por sendas infinitas  
pero no ya con rumbo hacia la meta  
que estaba al borde de tu mismo lecho;  
sino en sentido inverso,  
en marcha, en marcha larga  
hacia remotas lejanías...  
poniendo en cada paso  
mayor distancia entre tu ser y el mío;  
más hondo abismo entre tu amor y el mío...

¡Que así es la vida,  
amiga,  
así es la ingrata vida!

José Valle

Guatemala, R. de G.

## Más sobre Díaz Mirón

Señor don Joaquín García Monge,  
San José, Costa Rica.



Díaz Mirón

Muy señor mío y de mi consideración distinguida: Un amigo me remite cierto recorte del *Repertorio Americano* que publica usted en ésa y en que se contiene un artículo de don Antonio Médez Bolio acerca de Díaz Mirón. Ya me había curado en salud esperando que la desaparición del poeta trajera una explosión de las mentiras que es costumbre hacer circular cuando muere persona que algo ha significado y por eso ya había sacado a luz en este periódico algo de lo que era Díaz Mirón. El artículo del señor Médez Bolio me ha confirmado en lo saludable de mi precaución y en la conveniencia de decir la verdad sin atender a esa manía egocéntrica que a todos nos suele atacar cuando nos creemos personas importantes.

El señor Médez Bolio escribe que conoció a «Salvador» hace «veinte y cinco años», cuando llegaba el admirado poeta desde Jalapa «llevado por la agitación política que comenzaba a urdir (*sic*) la última reelección del General Díaz». Hace veinticinco años, es decir en 1903, no había ninguna agitación política ni era época de reelección de nadie, ni Díaz Mirón había ido a husmear lo que se guisaba en materia electoral. Le gustaba que le dieran la comida hecha y se atenía al criterio de su valedor y amigo don Teodoro A. Dehesa, gobernador de Veracruz, que había conseguido sacarlo libre de las garras de la justicia después del asesinato que cometió el poeta en la persona del alemán Wolter. No era precisamente en 1903 la época en que «acababa de salir *Lascas*», porque ese libro admirable se publicó en 1900; pero supongo cierta la escena, y sólo trataré de algunos puntos que no había para qué traer a colación ya que, siguiendo el consejo del elogiado—y quizás su deseo—se debía tener como norma suya aquella de sus versos:

Oh tímido y profundo  
espíritu que huiste siempre al ruido  
y la pompa de mundo.  
Logres lo que has querido:  
no eterna fama, sino eterno olvido...

Mas si hay quien se empeñe en desfigurar la verdad para tejer una leyenda de heroísmo y de rebeldía en derredor de Díaz Mirón, hay que decir algo que no habría referido sino me obligaran a ello esos admiradores que quieren acuñar moneda con minucias de la vida de un difunto para atraerle las censuras que merece.

Escribe el señor Médez Bolio: «Ha muerto en paz, en el suave crepúsculo de una cálida vida de batalla y de romance; en la que, como un caballero florentino del Renacimiento, alternó la brava aventura y el arriesgado y varonil con el retiro místico en que su mano, libre del guantelete de hierro, cincelaba y pulfa camafeos deslumbrantes,

»Su juventud fué toda un ruido de combate. Sus primeros versos de bronce y sus arengas encendidas sonaron frente a las multitudes de siervos, arrastrándolas magnetizadas a la rebeldía. Supo, como D'Annunzio, «la gloria de tener» un pueblo a sus espaldas. Supo la embriaguez del amor de las mujeres y sintió delante de sí el respeto de los hombres.

»Méjico le debe, en los primeros días oscuros de la gran tiranía, las voces más ardientes de protesta, enrostrándose, lleno de noble valor a las carabinas de los pretorianos y desafiando la sombría persecución

del porfirismo inicial, que estaba fundando la «ley fuga». Los tumultos estudiantiles y los motines populares del 80 al 90 le tuvieron como tribuno y como caudillo. Los jóvenes le amaban y le seguían. El célebre canto de González Mier frente al túmulo de Lerdo de Tejada, férvida admonición de justicia, pertenece a la escuela espiritual de Díaz Mirón. Los discursos de Diódoro Batalla en las calles de Méjico, conduciendo a los preparatorianos a protestar contra «el níquel» y la «deuda inglesa», fueron también las chispas del fuego encendido por el poeta en el corazón de la juventud.

»El Dictador le temía como a pocos. («Siempre que habló Víctor Hugo—tembló Napoleón Tercero») Ni las cárceles ni el acoso quebrantaron su ardimiento. El fuero de su gloria le protegía como a Perseo el escudo de Minerva y no pudieron asesinarle. Y la astuta sabiduría del «Caudillo», que no pudo romperle con el oro ni debilitarle con el grillete, adivinó por fin que el punto vulnerable del Aquiles lírico estaba en el corazón. Y allí supo llegarle, en la última hora cuando ya las decepciones y el íntimo dolor habían suavizado la entraña del caballeresco paladín. El poeta de las *Voces interiores*, y del *Canto a Gloria* fué por esa época el estupendo artista, que después de haber forjado y templado la hoja de su espada en inquebrantable y limpio acero, se encerró a labrarle un rico y radiante puño en prodigios de gemas y tallados. Se alzó el poeta de *Lascas* que a pesar de todo su refinamiento y su ponderación, nunca pudo ser cortesano. Todavía en 1910 pronunciaba discursos en la Cámara de Diputados, poniendo su pistola, sobre la tribuna. Todavía entonces fué desafortado y encarcelado en el ca-

labozo de donde le sacó Madero.»

Contienen esos párrafos varios errores sustanciales. En primer lugar el señor Médez Bolio desconoce que la agitación en contra de la deuda inglesa fué obra del mismo general Díaz o de su suegro y consejero íntimo don Manuel Romero Rubio. Díaz Mirón lo mismo que Batalla y que los otros briosos jóvenes que asombraron al país por su atrevimiento al oponerse a la dictadura del general González—no de don Porfirio—eran o candorosos y entusiastas instrumentos del dictador que se aproximaba, o títeres que por paga ejecutaban una tarea que tenía el aspecto de patriótica pero que apenas era de política baja y sucia. Ignoro a cuál categoría haya pertenecido Díaz Mirón.

Cuánto habría que decir de ese fuego que «encendió el poeta en el corazón de la juventud». Sus discípulos no aprendieron de él a modelar estrofas ni a adiestrarse en ninguna de las muchas disciplinas que conocía casi a fondo Salvador. Los ejercitaba en la más vulgar y asquerosa matonería, que en Veracruz produjo no pocos desastres. Pueden dar fe de lo que digo el elocuente Juan Manuel Betancourt, asesinado a balazos en las calles de Jalapa; Ignacio M. Luchichí, que arrepentido me contó el caso años después y que fué procesado por una riña de cantina en que un hombre resultó gravemente herido; Adalberto A. Esteva, que contra la costumbre de entonces andaba siempre armado de un inmenso revólver en plena ciudad de México por temor al maestro, con quien había regañado; y un ilustre periodista que vive todavía y que resultó comprometido en un lance personal (siendo casi un niño) y mató en

duelo en la isla de Sacrificios a otro muchacho de su edad que había tenido con él una disputa insignificante que Salvador no consintió que alcanzara solución decorosa en otro terreno que no fuera el de un desafío a muerte «porque él, el padrino, no intervenía en cosas que no fueran serias». La diversión del grupo consistía en cosas tan extrañas como colocarse alfileres en las suelas del calzado y luego derribarlos a tiros, y en las más extravagantes y locos experimentos para comprobar la seguridad del pulso o el desprecio por la vida propia y la ajena.

El dictador no le temía a Salvador. Este estaba íntimamente unido a un amigo íntimo de don Porfirio, don Teodoro A. Dehesa, con quien peleó después. El pleito se originó, según el poeta, por no sé qué objeto de bric a brac, según otros que porque pretendía hacer extensiva su estrafalaria inmunidad a todos sus amigos y conocidos, pues por haber puesto preso la policía a uno de éstos que había cometido algo que castigaba la ley, Díaz Mirón se dió por ofendido y riñó con el amigo que lo había enriquecido y librado del presidio.

No menos de trescientos mil pesos llegó a tener Díaz Mirón, hechos uno a uno mediante concesiones de Dehesa (el *Tabasqueño*, famoso tahir, me refirió que el poeta tenía la exclusiva de las casas de juego en todo el Estado) y a su muerte el autor del *Canto a Gloria* era propietario de varios *Patios*, como se llama a las casas de vecindad en Veracruz, que aunque en tiempo de la dictadura producían mucho, por causa del proalismo estaban reducidos casi a nada porque las rentas no se cobraban.

(Pasa a la página 286)

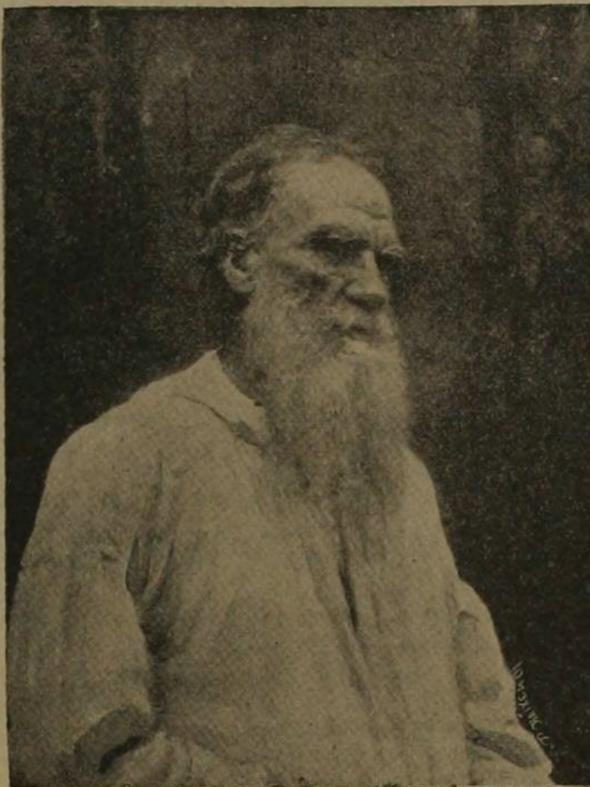
Pocos escritores de fines del siglo XIX y comienzos del presente han ejercido una influencia mayor y más universal que la del conde León Tolstoi, la que se ha debido, sobre todo, al evangelio de amor y de sencillez que sus libros propagaron a través del mundo entero, haciendo humana la nueva de que aun el bien es posible, dentro del ambiente contradictorio de las religiones modernas. Pocos hombres, sin embargo, más complejos como el escritor ruso quien encarnó, no solamente lo más puro del alma de su pueblo, si no las más altas tendencias del espíritu de la historia contemporánea, en un momento determinado. Porque, a pesar de ese evangelio, que sus más célebres novelas y sus más famosas doctrinas propagaron en forma muy noble, no hay pensamiento más complicado, vitalidad más contradictoria, humanitarismo más atormentado que los que inspiraron a este genio solitario y hurano. Si dejamos de lado a Nietzsche, que en muchos aspectos nos recuerda—en un contraste muy doloroso para la esperanza humana—al apóstol de Iasnaia Poliana, pocos hombres justifican también las inquietudes de una época como Tolstoi: de ahí posiblemente que sus intimidades psicológicas, que la concordancia de su vida y de su doctrina de la no resistencia contengan más de una contradicción que nos deja perplejos al pensar en la trascendencia de su obra.

Hay algo que aclara este misterio: la comparación de las dos etapas de la vida del escritor—la anterior a su conversión y la posterior a ella—, y la tragedia final de su existencia que nos prueba, además, de manera evidente, toda la miseria que amargó a este hombre incansable en su lucha por encontrar el amor y la paz al lado de los seres que le fueron más queridos. Al releer gran parte de la obra de Tolstoi no es justamente su valor literario y universal lo que nos atrae—pues el gran escritor ha llegado a esa eternidad artística en que el panorama de los siglos coloca siempre a los genios—: lo que nos atrae, lo que nos conmueve en esta historia de un alma, son más bien las contradicciones que descubrimos en las confesiones esparcidas en sus recuerdos, en sus cartas, en sus diarios, porque a través de esos documentos sinceros asistimos al drama de su vida antes y después de la revelación de la Verdad. Tolstoi fue una víctima de la Verdad como todos los seres que se acercan a ella; pero su caso es más grave que el de muchos otros reformadores, porque al mismo tiempo fue una víctima del mundo, a cuyos prejuicios no pudo escapar, atado por la bondad, y la virtud más tiránicas. Efectivamente, nunca pudo gozar plenamente de los placeres que le ofrecía su espíritu, porque nunca supo sacrificar al egoísmo las obligaciones que le imponían quienes le rodeaban; en este conflicto del apego al mundo y de la revelación de la Verdad está la gran tragedia del conde León Tolstoi.

Es a esta tragedia, una de las más dolorosas de los tiempos modernos, a la que queremos referirnos siguiendo los recuerdos que sobre la vida de los últimos años de su padre ha escrito su hija, la condesa T. Sukhotin Tolstoi. No hay nada más edificante como esta lucha heroica establecida en un corazón esencialmente bueno y en una inteligencia esencialmente clara, entre las obligaciones sociales y los llamados del espíritu; una vez más nos convencemos, ante este caso, de que el conocimiento es el peor enemigo del hombre, en tanto que función colectiva. Ya en la Biblia encontramos la queja amarga de la inteligencia por sus desacuerdos con los conglomerados sociales. A la afirmación de Renán de que *el desierto es monoteísta* podríamos agregar de que también es un enemigo de la mu-

## En el centenario del conde León Tolstoi

### La verdadera tragedia del gran escritor ruso



León Tolstoi.

Según Repin

chedumbre. Los profetas regresaron siempre de sus soledades para vituperar a los seres que, en la paz infecunda de los placeres ciudadanos, olvidaban la existencia de Dios...

Tolstoi fue una víctima muy humana del amor, de un amor real que lo encarnó su mujer y sus hijos: no logró desprenderse nunca de esta pasión que lo sumía en las luchas interiores más atroces de que sea capaz un hombre. Cuando tuvo la revelación de la Verdad, en su forma más aguda, era demasiado tarde para deshacer el camino andado entre sus semejantes: mil lazos lo unían al mundo y esos lazos eran inevitables. Las concesiones comenzaron y con ellas la tragedia cuyo desenlace fue su muerte, lejos de su hogar, en una estación ferroviaria del Gobierno de Riazán, a donde fue a parar huyendo del amor excesivo de su mujer. Pero ni aún en su retiro, en los últimos instantes de su vida, se halló tranquilo: la sombra de todas sus penas lo perseguía con una perseverancia diabólica. No, no quería ver a su mujer: por ella había sufrido, fuera de sus luchas íntimas, los ataques del mundo que no comprendía sus prédicas de vida humilde, de renunciación, de caridad, al verle disfrutar, en Iasnaia Poliana, de un lujo que se juzgaba exagerado. Entonces, ¿por qué Mme. Tolstoi vino a buscarlo hasta su lecho de muerte mientras él, en su delirio, repetía: «Huir... huir... Me perseguirá... me perseguirá...»? Es más, cuando la serenidad volvía a su inteligencia afiebrada, decía a su hija mayor, Tatiana: «De muchas cosas es culpable Sonia (su mujer). Ambos hemos tomado mal nuestras medidas». ¡Pobre alma: aun los animales tienen derecho a la muerte apacible! Tolstoi no tuvo ni el consuelo de una agonía tranquila! Su mujer era su pesadilla constante: no la soportaba y sin embargo no dejó ni un minuto de pensar en ella, pues la amó con el más tierno de los cariños, durante los 48 años que vivieron juntos...

Era inevitable que de esta experiencia, que de esta lucha doméstica, que duró más de 30 años, surgieran las más duras opiniones que se han escrito sobre la mujer por un hombre que no conoció sino a su mujer. Pero Tolstoi, que tuvo un sentido genial de la observación y una clarividencia

extraordinaria, nos ha dejado en sus novelas los tipos femeninos más humanos de la literatura de nuestros tiempos.

Recordemos *Resurrección*, *La Guerra y la Paz*, *Ana Karenina*, *El Poder de las Tinieblas*. Estas son, a pesar de su verdad esencial, elucubraciones de poeta, de humanitarista que en sus noches de fiebre construye mundos optimistas, bellezas ideales; en cambio, cuando el filósofo interviene, cuando el hombre mira la realidad que lo rodea, cuánto dolor sentimos en la condenación del alma femenina. «La mujer es el castigo del hombre...»: más duramente no habló el Eclesiastés... Tolstoi es muy severo en el capítulo de las mujeres y a sus conclusiones amargas sólo ha llegado el solitario de Sils-Maria. ¿Fué, por ello, un enemigo de ellas? No, de ninguna manera: su pesimismo fue el resultado de sus esfuerzos por acercarse al alma de las mujeres, quienes no pudieron comprender a este gran corazón: estalló el inevitable conflicto entre el sentimiento maternal y los designios de la inteligencia que siempre ataca todo lo que es natural, todo lo que es simple... Oid lo que pide para sí Mme. Tolstoi al enfrentarse a los afanes de su marido que quiere llevarla a la realización de sus sueños por medio del amor, de un amor muy elevado, muy puro, más allá de las posibilidades humanas: «Vivo para él y por él. Exijo la misma cosa para mí» Es un grito maternal, el grito de un ser que defiende los intereses inmediatos, de un ser que días más tarde escribe: «Amo a mis hijos con una pasión tal, que hasta me hago daño». Pero Tolstoi no vivía sino para la Verdad, para una verdad que había descubierto en el fondo de su corazón. En vano Mme. Tolstoi decía en sus cartas a su hermana que durante toda su vida no había amado a otro hombre y que había sido la más fiel de las esposas, aun en pensamiento. Esta exclamación muy humana no la comprendía su marido, aunque la sintiera: de tal manera se explica que no abandonara su hogar sino al final de su vida, cuando ya todo era irremediable.

El conde León Tolstoi se casó con una niña de la alta burguesía de Moscú, Sofia Bhers, después de haber recorrido casi toda su patria. Esto sucedió en 1862, es decir, en el momento en que su situación de escritor comenzaba a tener cierta importancia. Si el conde era un hombre alegre, trabajador, lleno de un optimismo robusto y sano, su mujer, por el contrario, era de un temperamento pesimista, muy propenso a la desesperanza. Los primeros años de vida en común fueron felices. En ese período escribió su gran obra *La Guerra y la Paz* que le colocó entre los autores más populares de su tiempo. Después del nacimiento de sus primeros hijos sintió aparecer en su espíritu la recrudescencia de una inquietud religiosa, de la cual no había logrado liberarse desde su primera juventud. Al mismo tiempo que esta crisis se precisaba, su éxito literario crecía inesperadamente.

En un consejo de familia, tenido hacia algunos años, se había decidido que la educación de los niños se haría en Moscú y para ello todos deberían abandonar Iasnaia. Tolstoi aceptó regresar a la capital aunque se encontrara más a gusto en medio de la naturaleza, en aquel rincón que lo había visto nacer y en el cual escribió lo mejor de su obra. Volvió a la vida del gran mundo, instalando una casa suntuosa y confortable e introduciendo a su familia en los medios elegantes de la capital moscovita. Su vida personal era muy simple: se dedicaba a la educación de sus hijos, escribía mucho y en sus momentos de ocio se consagraba a hacer el bien en los barrios miserables de la ciudad: la visita a los hospitales y a las cárceles le interesaba más que la frecuentación, con sus hijas, a los salones

de los grandes duques y de los príncipes que fueron sus compañeros de juventud. Su crisis espiritual se precisó claramente hacia 1880: al escuchar su conciencia, en tal época, cambió de opinión sobre la educación que se le debía de dar a su familia. Comenzó entonces la lucha con su mujer. Ella se oponía a todo cambio de vida defendiendo los intereses de sus hijos con una terquedad que exasperaba a Tolstoi. En un paréntesis de tranquilidad espiritual todo el mundo creyó que las divergencias entre ambos habían terminado: Tolstoi escribía mucho; pero su actividad literaria la consagraba a hacer folletos de propaganda en favor del pueblo, de su educación, de su bienestar moral, predicando la renunciación a todos los bienes de la tierra. Ni su mujer ni sus hijos lo comprendían... Se sentía solitario en medio de los suyos; pero sufría en silencio, pues a pesar de su autoridad y de su persuasión no trataba de imponer sus doctrinas a nadie. Las discusiones con su mujer eran lo único que lo intranquilizaba: lo mismo la existencia frívola y el lujo de su casa, que consideraba incompatibles con la miseria que veía por todas partes. En 1884 dejó violentamente su hogar, después de una disputa, pero su ausencia fue corta, pues su mujer esperaba a un niño. «Durante mucho tiempo permaneció triste—nos dice su hija Tatiana, —silencioso, era tierno con ella y con nosotros. Había hecho algo que no estaba bien. Sufría a causa de ello, aunque no había podido evitar hacerlo. Sentía necesidad de calmarse y de reflexionar y partió para el campo a casa de unos amigos nuestros, los Olsuffielff, a quince leguas de Moscú».

Después de esta primera manifestación de su crisis, la familia Tolstoi decidió que pasarían el verano, cada año, en Iasnaia. Esta fue la época más feliz de su vida, pues algunas de las proposiciones del maestro fueron aceptadas por su familia, como el abandono de sus derechos de autor a sus hijos mayores y el consentimiento de ellos de llevar la vida simple de los *mujiks*, entregándose al cultivo del campo, a la educación popular; Tolstoi fundó una escuela rural y trabajaba con sus hijos y los campesinos en medio de la naturaleza. Sus discípulos más queridos no lo abandonaban y vivían cerca de él, en su propiedad de Iasnaia, consagrados a la propaganda de sus ideas. Los principales eran Birukoff, Gorbunov y Chertkoff, quien jugó un papel muy importante en los últimos años de la vida del apóstol. Chertkoff trabajaba infatigablemente copiando los manuscritos del maestro y lanzando, a los cuatro vientos del mundo, en un periódico fundado especialmente para ello, sus doctrinas más importantes y vivientes. En 1897 Tolstoi ensayó de huir de nuevo de su hogar después de múltiples disputas con su mujer, cuya intransigencia era cada día mayor. Sus hijos estaban grandes; su prestigio era enorme; de todas partes de la tierra le llegaban delegaciones de admiradores y de discípulos. Tolstoi hablaba poco y cuando lo hacía ponía un tono agrio y malhumorado en su voz. Todas las mañanas visitaba a sus amigos, los campesinos, y luego se retiraba a orar en medio de la naturaleza, es decir, a vivirla, en sus misterios fecundos, con toda la intensidad de su alma superior. Los periodos de ventura y de desesperanza se sucedían regularmente: la muerte de su hijito menor, Vania, lo sumió en una tristeza desgarradora, como posiblemente nunca la había sentido. Este duelo reconcilió, por algún tiempo, a los dos esposos: Tolstoi estaba ya muy viejo, muy viejo...

Muy pronto las luchas contra su propio espíritu comenzaron y con ellas, al cabo de algunos meses de la muerte de Vania, las nuevas disputas con su mujer: lo espiaba a través de las ventanas, escuchaba, a hurtadillas, detrás de las puertas, sus conver-

saciones, buscaba infatigablemente todos sus papeles y leía las notas de su Diario. Al final obtuvo que el amigo y discípulo más querido de Tolstoi, Chertkoff, abandonara Iasnaia Poliana, pues estaba convencida de que era su enemigo mortal. Tolstoi, ante la perseverancia de su mujer en el mal, y viendo que no podía ocultar sus más íntimos pensamientos, resolvió hacer un nuevo diario personal, que llevaba atado a su bota para evitar sus indiscreciones: aun de él logró apoderarse su mujer, sus nervios se exasperaron y su estado lo obligó a tomar su última resolución, ¡ay! demasiado tarde, pensó para sí el gran escritor... Esto sucedió en 1910, es decir, el último año de

su vida. El 28 de octubre abandonó su hogar, muy temprano de la mañana, para evitar una entrevista y una discusión inevitable con su esposa. Sólo su hija Alejandra y su discípulo Chertkoff sabían donde se encontraba. Algunos días más tarde su hija mayor recibió un telegrama de un amigo de la familia, Orlov, en el cual le decía que el conde estaba gravemente enfermo en la caseta de la estación de Astapovo, en el gobierno de Riazán. El 7 de noviembre el conde León Tolstoi moría en aquel solitario rincón de Rusia, muy cerca de Iasnaia Poliana, rodeado de sus hijos, con el más grande de los terrores a su mujer, quien se encontraba, inevitablemente, allí...

León Pacheco

París, Setiembre de 1928.

## Unos momentos con Haya Delatorre

CON un grupo de muchachos universitarios fui a visitar a Víctor Raúl Haya Delatorre. A uno de ellos manifesté la urgencia de arreglar mejor mi indumentaria para presentarme convenientemente ante una personalidad como la de este luchador de convicción y de ardimiento. El amigo Manuel Chavarría me contestó que Haya Delatorre, no obstante su alto significado en Hispano-América, era un hombre que se sentía *muy muchacho*. Que las *poses* dogmáticas o efectistas las ignoraba. Esta característica atizó el entusiasmo de tratarlo de cerca.

Llegamos a una de las residencias de la *Colonia Modelo*, en donde se hospedaba. Sale a recibirnos con la cordialidad de los espíritus que comprenden su mensaje de optimismo, de lucha, de inquietud.

Varios tópicos surgieron en la conversación de aquella tarde. Sencillamente los abordaba porque está convencido que las ideas pueden tratarse sin austeridad. A ratos le oímos contar pasajes cómicos de personas destacadas. Tiene el humor del que sabe descubrir lo trágico de la hora actual, como lo reside en seres, cosas, acontecimientos. Habíamos leído una confesión suya: la risa no le abandona nunca. Así permanece lleno de fuerza para una obra de resonancias, de quebrantos innúmeros, porque no espanta esa alegría que lo impregna magníficamente. Y ha de reír siempre este Haya Delatorre. Debe reír del tiranuelo, del pusilámene, del falsario, del ambiguo.

Entre los diversos asuntos que trató, de particular interés para nosotros, fueron: *la orientación de la enseñanza en estos días y la sensualidad en los pueblos hispano-americanos*.

Como hombre que ha viajado por países de cultura bien comprendida, tiene conceptos sobre la forja de la niñez y de las juventudes, distintos de los que por aquí se consideran de eficiencia. Aunque nuestros maestros hayan leído en libros y revistas, doctrinas pedagógicas de acuerdo con las palpitaciones ambientes de hoy, esto no constituye lo fructuoso, mientras los empeños no se enderezcan en la búsqueda de un efectivo afirmamiento espiritual en los pueblos.

En nuestro país hay balbuceos de una educación basada en las necesidades de una vida de valorizaciones y competencias nunca vistas. Pero por ser balbuceos no influyen la mente de aquéllos que mañana serán propulsores eficaces.

Haya Delatorre nos hablaba, citándonos casos, de la educación que reciben los niños y jóvenes ingleses. Libre esta educación de obstrucciones y memorismos, capacita a los individuos para que puedan, cuando hombres, entrar en las luchas, no solamen-

te de satisfacción personal, sino también en aquéllas de responsabilidad colectiva. Los pueblos nuestros no ascienden a los sectores del poder, porque los prejuicios de naturaleza varia, las supersticiones, los dogmas, tomados desde las bancas del colegio y del hogar, atajan los impulsos de la juventud que no quiere seguir en un ambiente de aplanamiento. Sin embargo, y tal síntoma es un augurio, hay un núcleo de almas juveniles que comienza a dar demostraciones de rebeldía contra todo lo que no sea vibración de vida nueva. Los maestros, conscientes de sus deberes de trascendencia, deben estimular a este grupo que pide mirajes donde desenvolver esfuerzos tendientes a la solidificación de una cultura en consonancia con la época.

Haya Delatorre nos habló de un aspecto de la educación de los ingleses. Los maestros de Inglaterra—dijo este inquietador de conciencias—forman, desde los primeros años, *la dignidad del niño*. Este se siente querido, considerado y respetado, aunque su edad sea poca. Tiene sus derechos. En tal trabajo hay coherencia y unidad, tanto en profesores como en padres de familia, para conquistar la mejor envergadura del pueblo inglés. Llegan estos niños y jóvenes al pleno accionar en las múltiples actividades humanas, y no son víctimas de la desorientación.

Si en los ambientes nuestros observamos capacidades entumecidas, es debido al arcaico método de preparar las juventudes que deben después resolver problemas, para los cuales ha de poseerse una contextura hecha con devoción y concorde al ritmo de los acontecimientos.

Exaltada la dignidad del individuo desde los años de la niñez, llegará a ser como hombre, un elemento que propenderá siempre a la elevación de su país y de su raza.

La riesgosa vida de hoy de Hispano-América, se origina de la falta de un concepto diáfano, cabal y viril, de la dignidad en los niños y jóvenes. Porque carecemos de tal atributo, pues no se nos inculca en la edad de la asimilación mejor, tomamos actitudes cobardes ante las vejaciones internas y extrañas de los poderosos. Los conquistadores nos encuentran desarmados moralmente. Acrecientan su rapacidad y hasta lo consideran lógico, justo y humano.

Estas reflexiones nos hicimos oyendo de labios de Haya Delatorre la manera de enseñar en Inglaterra.

La *sensualidad* fué otro tópico que abordó el conferencista. Según opinión suya, este mal ejerce una influencia nulificante en estos pueblos. Y como no han habido ni hay tentativas de atenuarlo con energía,

tiene faces que las gentes de visión juzgan funestas.

Veámos algunos factores que contribuyen al arraigo y fomento de una lacra que paraliza toda acción renovadora.

A los pequeños no se les enseña a amar aquellas cosas que enaltecen la vida interior. Banalidad y siempre banalidad. Los padres y maestros van formando un sedimento de estulticia, que después sólo desaparece, si hay una voluntad capaz de imponerse. Habiendo misérrima vida interior, como consecuencia, surge el sensualismo que lo engendran las satisfacciones prontas. Los individuos y pueblos, invadidos por este mal, van sin remedio a la disolvencia de sus capacidades.

Existe otro factor: *la literatura de pasatiempo*. En aquellos ambientes en donde no hay crítica se propaga con rapidez. El nuestro es propiciatorio. Aquí es desconcertante el número de lectores y de lectoras que gusta de esta clase de literatura. Un librero amigo nos manifestaba que no pedía cantidad considerable de libros de valor emocional e ideológico, porque su negocio no prosperaría. En cambio, aquéllos de sentimentalidad

desleída, o de las audacias modernas de adúlteras o adúlteros, de las escenas pornográficas, se vendían con celeridad.

Si hubiera entre nosotros la crítica orientadora, estas obras acaso serían leídas solamente por los desocupados y cínicos. Los que conservan el refinamiento que se forma del contacto con las cosas bellas, no caen en la sensualidad de leer páginas que enardecen la imaginación y distienden los nervios.

Los intelectuales de verdad, por su continuo estar con los libros de mérito, podrían ventajosamente cultivar el amor por las buenas letras, que no fueron creadas para el manoseo burdo, sino para hacer de ellas un medio de cultura y de honesto divertimento. Es de urgencia destruir la *sensualidad* de la literatura frívola.

Un mal entendido concepto del goce es otro elemento de esta lacra. Si en la mujer sólo vemos el afrodisíaco influjo, y no a la mejor concreción de la belleza; si el esparcimiento lo sentimos y practicamos como desahogos de la materia, caemos también en la sensualidad de fatales efectos en lo anímico y físico.

### Salvador Cañas

San Salvador, setiembre de 1928

## En elogio de la clase media

Los pitagóricos solían decir: «el justo medio es excelente en todas las cosas». La posterior divisa griega de «nada con exceso», y que fué concepto puramente estético, derivaba de allí, y de allí deriva también nada menos que la psicología de la democracia.

Hay una clase social, relativamente antigua, que cumple desde su origen con aquellos preceptos, acaso no por virtud requerida mas por fuerza de su propio destino: la «clase media», capa o esfera social a donde convergen como ruedas dentadas la vida del pueblo puro, campesino e intonso, y la existencia de las gentes de rango, ayer patricias y hoy aristocráticas. Como aquí no tratamos de un fenómeno de la sangre sino de un asunto de neta posición, no es importante saber si entendemos por aristocracia lo que está arriba y por populacho lo que está abajo, puesto que la democracia, al producir la rotación de la vida moderna, cambia a menudo la colocación de algunos elementos, subiéndolos o bajándolos de categoría económica. La categoría económica es, en nuestros días, la única razón de la existencia de clases.

El representativo de la clase media es inconfundible. Es hoy lo que antaño fueron el segundón de Gascuña o el hidalgo español, de donde Cervantes toma el modelo para su Quijote. Colocado en medio de la sociedad, por la izquierda roza con el pueblo que ignora y sufre y por la derecha se pone en contacto con las clases elevadas, con los dignatarios y agentes de Estado. De suerte que es, por su destino propio el punto de conexión entre dos formas de vida, dos tendencias y dos experiencias.

Se ha dicho repetidas veces que el tipo medio de las sociedades es quien da mayores almas al mundo, y es cierto que no menos del ochenta por ciento de los sabios, héroes, mártires y santos provienen en la historia de esta clase de hombres, nacidos en equilibrio en medio de dos desequilibrios. El resto heroico pertenece a las otras clases, siempre y cuando no repudian el natural y fecundo contacto con el pueblo mediante su agente medio; cuando no llegan los de arriba, a los excesos de orgullo que

refleja, por ejemplo, aquella ley de los decenviros romanos «prohibiendo a los patricios contraer matrimonio con los plebeyos» según la cita de Dionisio de Halicarnaso y el comentario de Montesquieu.

Psicológicamente considerado, el tipo medio ofrece las características del soñador, enfriadas por incapacidad volitiva, único defecto notable en él: ignorante de la verdadera miseria que ve en el pueblo y desdeñoso para el atavío de los ricos y los grandes, confórmase con el parco vivir quijotesco, cultivando su sensibilidad a media luz y saliendo sólo de su escondrijo para ejercer actividades mediocres que casi siempre le llevan a la burocracia, a la vida sedentaria. Pero en cambio, los sentimientos se refinan más pronto en él que en las otras clases; pues las elevadas los cultivan por hastío y el pueblo por simples impulsos. Es notable realmente observar que en América el grande hombre literario y político proviene por abrumadora mayoría de la clase media donde se contienen y se ajustan los ánimos, se ponen a prueba los instintos y se afirma la inteligencia.

En el hogar de la clase media es donde mejor brillan el amor filial y los rescoldos de la tradición. La sencillez en el vivir, los hábitos y costumbres morigerados que se ve forzado a seguir, las largas horas de inquietud económica, hasta el detalle cómico que remienda quincenalmente la madre o la hermana mayor, todo conjura en su vida para darle el sentido de las cosas y el valor de la existencia.

Es, además, este tipo admirable, un propulsor de las bellas letras y de las artes en general, y un consejero temible cuando llega al gabinete cerrado de un mandatario. Hasta la maldad es en él ingenio y arte. Es el caso de Maquiavelo, creador de la filosofía política. Los maestros de sí mismos nacen en esta clase siempre, o casi siempre, pues cuando empieza a salirles el bozo y su padre yace maltrecho en una silla de ruedas, o la viudez de su madre yerra desoladamente del lavado de ropa al quehacer culinario, con cuatro o cinco novelas en la cabeza y dos reglas de primitiva aritmética se lanza a la calle; aguja el ingenio con

los amigos, busca influencias, tropieza con todos como el picado de aguijón maligno; hoy va al campo a cuidar de una mala hacienda y trata al campesino, profundizándolo por simpatía; mañana sube los peldaños de los palacios, confundido en su indumentaria de larga duración, y viviendo los azares de la fortuna, que le lleva como al soldado de la trinchera a los mesones y del lance amoroso al balcón de la bella, acaba por conocer y beberse a sorbos cuanto hay digno de conocer y aventurar en la vida.

Por eso, además, el hombre de la clase media se hace individualista a su manera. Casi nunca es revolucionario ardiente, y acaso sigue la dirección de los impulsos iniciales por acomodarse o por el deseo de que los asuntos cambien «un rato». Los verdaderos revolucionarios, desde luego los peligrosos, vienen del pueblo puro, que es el que siente el peso de las otras clases, así como los verdaderos tiranos—por el método y la construcción—salen de las altas clases o se confunden con ellas cuando provienen del pueblo bajo.

El egoísmo de este tipo social no es venenoso: es tan dúctil su naturaleza que una sola racha de alientos bien orientada puede convertirle en salvador de situaciones. Su individualismo proviene de cierta displicencia para el negocio político: está más a sus anchas en el ensueño, en la literatura y en el arte, y se conforma con ir pasándola como Dios dé y déjenme quieto.

Las tendencias de reforma o de conservación, que parten de abajo o de arriba, suelen anularse o quedar sofocadas cuando no se cuenta con este ente admirable, único que realmente tiene dos ojos para ver hacia ambos extremos. En las revueltas públicas es quien más sufre y quien menos gana. Sobre él, como sobre don Quijote—es su hermano gemelo—llueven los palos y los ayunos; como la calle forma parte de su hogar, es a menudo el que paga los vidrios rotos, la bala perdida. Este es «el verdadero transeunte», en la calle urbana como en la vida. Todo lo hace como si estuviese de paso. Quéjense de él quienes repudian la burguesía, porque a menudo se le confunde con el burgués, pequeño propietario rechoncho y simplón que rehuye todo franco afecto. Pero el burgués puede considerarse, mejor visto, como un candidato a la «aristocracia comerciante».

Si el individuo de la clase media logra encauzar energías y calentar un sueño cualquiera, entonces llega el genio; de lo contrario, no pasa de ameno conversador; pero de todas maneras es a la postre, el que mejor vive, el que más experimenta la misteriosa sed de vivir. Cualquiera que repase un poco una de estas vidas, verá con facilidad que ella basta para componer una obra tan sabrosa como el Quijote cervantino, y que tuvo razón el Manco para trazar su tipo ideal del hombre de acuerdo con el modelo del hidalgo provinciano tocado por la locura de la acción desinteresada...

Rafael Cardona

Setbre. 28-928. Méx. D. F.

## CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo

Aparece mensualmente

Un número ..... Dlls. 0.50  
Suscripción a 6 Nos. .... 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

## Prolongación de la vida en la mariposa de la seda

Por  
C. Picado T.

PARA nuestras experiencias sobre «Inmunización contra la Senectud» era del todo indicado tomar como sujeto de experiencia el gusano de seda. Tiene este insecto costumbres pacíficas y sociales y su ciclo vital es bien conocido; además, lo hace precioso, para estas experiencias, el hecho de que la mariposa no toma alimento alguno sino que vive a expensas de los materiales acumulados en su vida larvaria; por tal motivo fué escogida por METCHNIKOFF para sus estudios sobre «La Muerte Natural».

Por otra parte, los fenómenos de inmunización en las orugas se llevan a cabo con extraordinaria rapidez: una sola inyección basta, a veces, para inmunizar el insecto y todo ello en un lapso de 48 horas y aun menos. Estos últimos hechos han sido puestos en evidencia por METALNIKOV y algunos de sus colaboradores.

Después de buscar inútilmente en el país una cría de gusanos de seda, pude procurarme una serie de huevos llegados para fines de crianza; todos los gusanos, cuando iban ya a servir, fueron atacados por una peste y nada quedó.

Posteriormente y gracias a la ayuda desinteresada de los doctores Nauck, Osigian y Zetek, pude recibir del extranjero varias remesas de huevos de gusano de seda y obtener así el tan ansiado material. Para estos señores y para don Elías Vicente, que me ayudó en la crianza, mis mayores agradecimientos.

Como es necesario poseer a la vez larvas de diversas edades, capullos y mariposas, el asunto no era fácil y el número de ejemplares fué bastante reducido. Las plagas no olvidaron cebarse en mis animales de experiencia, y a veces, justamente en aquellos que habrían de jugar un papel decisivo. Otros experimentadores más afortunados completarán las experiencias.

A mí me fué dado constatar:

1.º—Que la inyección de sangre de misma especie es para el gusano de seda más nociva que sangres extrañas. Después de una inyección de 5 centésimos de centímetro cúbico de sangre de gusano, la oruga sufre un ataque apopléptico y no vuelve en sí sino horas más tarde. En cambio, puede recibir más del doble de suero de caballo y sufre sólo un ligero malestar.

2.º—El jugo de capullo (pupa) o la sangre de mariposa, macho o hembra, son más soportables si son frescos; pero se convierten en líquidos infaliblemente mortíferos si se calientan media hora a 55° c., tal y como se estila con los sueros de vertebrados, justamente para hacerlos menos tóxicos.

3.º—La inyección de sangre de gusano, de jugo de capullo, o de sangre de mariposa, ni alarga ni abrevia la vida larvaria.

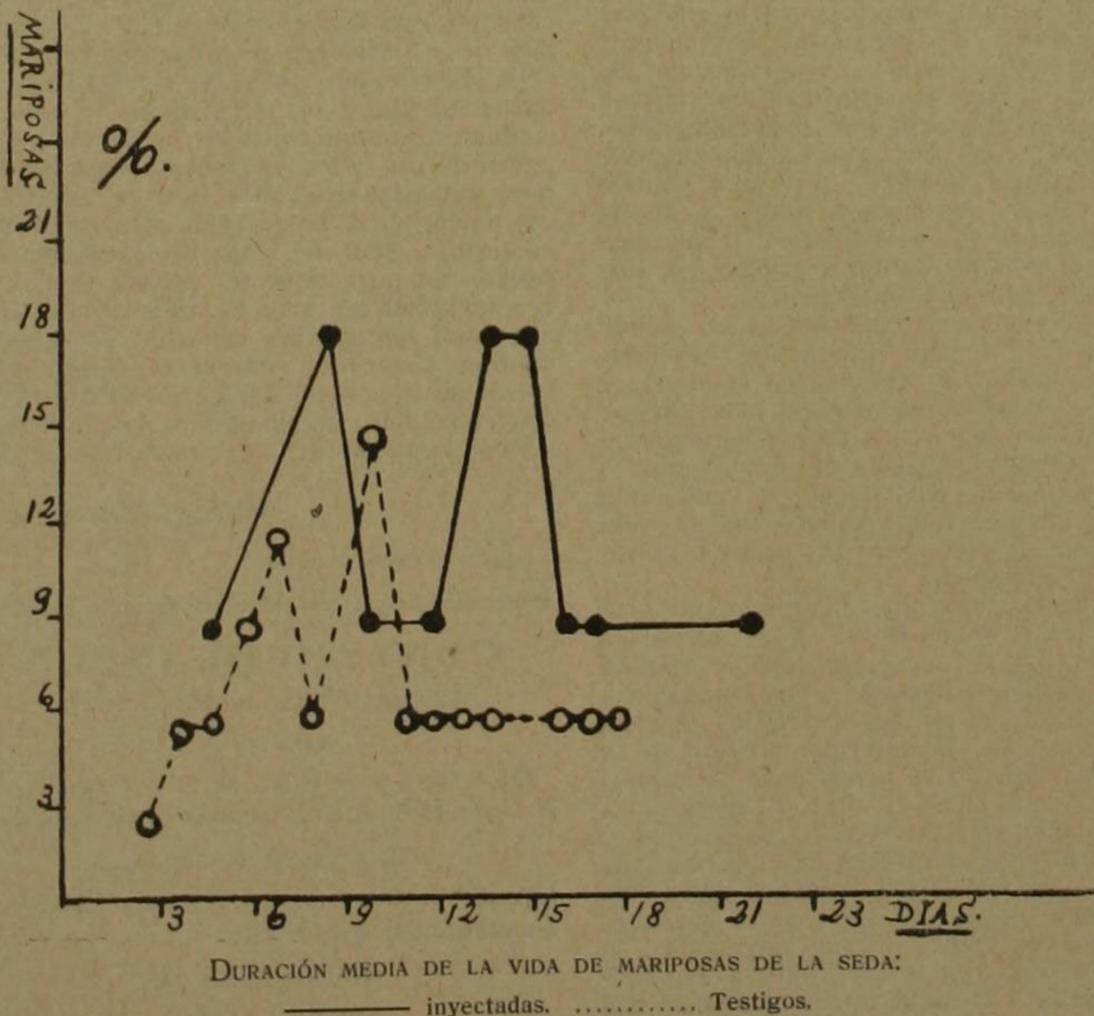
4.º—La inyección de jugo de capullo o de sangre de mariposa a larvas próximas a hilar, hizo durar más la vida de la mariposa. En efecto, la vida media de las mariposas testigos fué de 10,31 días, mientras que la vida media de las inyectadas es de 13,16, sea más de 27 % de aumento. El gráfico incluso, reducido a 100 mariposas, muestra en la curva de los testigos dos cimas de muerte media: una a 7 y otra a 10 días. Los inyectados muestran también una cima a 8 días y una segunda cima en plataforma a 14 días. El máximo de longevidad fué también alcanzado por las inyectadas; éstas llevan, pues, todas las ventajas.

Por ahora, la experiencia nos autoriza a formular la siguiente CONCLUSIÓN PRELIMINAR:

*La inyección de jugo de 2.º estado, o de sangre del insecto perfecto, practicada en el primer estado, ha tenido como consecuencia alargar la duración media de la vida en el estado perfecto.*

Esta es la primera confirmación experimental que aportamos a nuestro sistema de «Inmunización contra la vejez» expuesto en REPERTORIO en enero de este año.

(Trabajo del Laboratorio del Hospital.)  
San José, Costa Rica, Noviembre de 1928.



### REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
De Filosofía y Letras, Artes,  
Ciencias y Educación.  
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

**J. García Monge**

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega .....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas) .....	12.00
El año, para el exterior: 2	
tomos de 24 entregas cada	
uno .....	(oro am.) \$ 6.00

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro  
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Los naturalistas que han observado esta clase de animales sostienen que casi ninguno otro aventaja a los peces en su coloración, magnificencia, hermosura y variedad de formas y matices. Todo el brillo de las piedras preciosas y metales, todos los colores del arco iris están reflejados en los peces; añádase a la magnificencia de matices, la hermosura y variedad del dibujo y en muchos casos también la propiedad de cambiar de color, mayor aún que la que poseen algunos reptiles y batracios. Según las investigaciones de Siebold esos cambios de color dependen en parte del ambiente en que viven los peces, pero están íntimamente relacionados con depósitos de pigmento que ocupan las capas superficiales, como las más profundas de la epidermis, y que contienen materias colorantes de granulación finísima, poseyendo a menudo en alto grado la aptitud para contraerse.

Al ocuparnos de los saurios hemos visto con qué facilidad cambian de color algunas especies como las *Anolis*, apareciendo amarillas sobre la corteza del güitite o de color negro sobre un tronco carbonizado por el fuego: pues bien, una olomina, *Mollienisia sphenops* (Cuv. & Val.) cogida viva en Siquirres el 12 de octubre, tenía un color aceitunado, en un pequeño depósito de agua en que la colocamos en compañía de otros peces de menor tamaño; pasado un cuarto de hora en que recibió los rayos del sol sobre la espalda, apareció una mancha negra cerca de la cabeza, luego dos detrás de la aleta dorsal, y más tarde, al colocarla en solución de formalina para su conservación definitiva, tomó un tinte de pizarra sobre toda la parte superior; actualmente, después de dos semanas, conserva el color gris intenso, con la base de las aletas dorsal y caudal manchadas de negro como debe aparecer la forma típica de los machos en las colecciones de estudio.

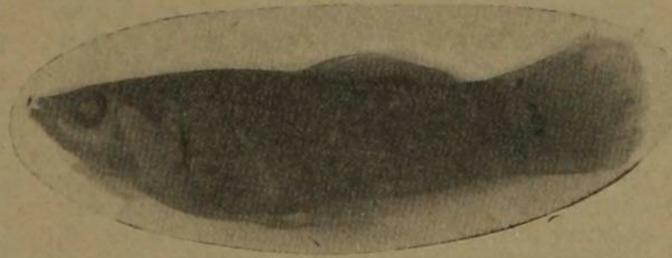
La contracción de la vejiga natatoria permite a los peces bajar al fondo de las aguas, y cuando quieren afloran a la superficie con tanta facilidad como lo haría una ninfa de mosquito, con sólo ensanchar ligeramente su volumen. Algunas especies, como los bobos y las truchas cortan el agua y suben por los raudales con la velocidad de una flecha; otros están capacitados para dar grandes saltos o para reptar sobre las yerbas cuando, les amenaza el peligro de quedarse en seco o cuando el agua ha perdido las partículas de aire indispensables a su respiración branquial.

Para comer defienden el alimento de manera tenaz, acometiendo a los de menor tamaño que se acercan, como lo hacen los perros, aunque la cantidad que se les proporcione sea suficiente para todos. Es la ley eterna del más fuerte, que a veces ni la razón humana logra vencer en las sociedades mejor organizadas.

EL BOBO (*Joturus pichardi*, Poey). Habita el Bobo la vertiente oriental de Centro América, desde México hasta Panamá, y se halla también en los ríos de la isla de Cuba, donde se dió a conocer por primera vez, para la ciencia, en 1861. En Costa Rica se le pesca a menudo, con dinamita, en los ríos Reventazón, Guácimo, Santa Clara, Zent y otros muchos de la vertiente atlántica, sobre todo durante la Semana Santa en que se tiene por reglamentaria la comida de pescado, en los días jueves y viernes. Su carne blanca, abundante y deliciosa, lo hace preferible a todos los peces de mar que abastecen los mercados del interior.

El Bobo alcanza 60 centímetros de longitud en su mayor tamaño, es grueso, carnoso, de escamas bien desarrolladas y color moreno en el dorso, blancuzco en el abdomen. No tienen la cabeza grande, pero la

## Peces de río y costeros



*Mollienisia sphenops* (Cuv. & Val.)  
Macho, en tamaño natural.

trompa es gruesa, achatada, como si estuviera adaptada a comer las algas y musgos acuáticos que crecen en las rocas y piedras de los ríos torrentosos donde vive. La parte superior de la cabeza presenta una superficie convexa sobre la línea de los ojos. Tiene 43 escamas en línea longitudinal de costado; la primera aleta dorsal, colocada al centro del cuerpo, tiene cuatro espinas, y la segunda una espina y nueve radios blandos. La aleta anal presenta dos espinas y once radios; la cola es bifurcada.

Los indios acostumbran cazarlo en los raudales con flechas de veroliz y puntas de viscoyol, tan habilmente preparadas y dirigidas que rara vez erran el tiro, pero otro indio, buen nadador, tiene que echarse al agua para recoger la presa moribunda, que es arrastrada por la corriente, con el dardo a través de los costados; pero lo más corriente es la pesca con dinamita o con Barbaco en los ríos menos caudalosos.

EL TEPEMECHIN (*Agonostomus monticola*, Bancroft). Este pez se parece mucho a la trucha europea en sus movimientos rápidos, y en la velocidad con que sube por los raudales de agua cristalina. En Costa Rica habita ambas vertientes y se cita su presencia en los ríos Santa Clara, Parismina, Zent, Guácimo y Reventazón de la región Oriental, y en Río Grande de Tárcoles, Jesús María, Turubares, Sardinal y los afluentes del Tempisque que desaguan en el Golfo de Nicoya.

Su cuerpo es alargado, cubierto de escamas hasta la línea de los ojos, de hocico cónico y cola bifurcada, con dos aletas dorsales, la primera constante de cuatro espinas rígidas y la segunda de una espina y ocho radios; en la aleta anal lleva dos espinas y diez radios. Los dientes son pequeños y puntiagudos, lo cual lo distingue del Bobo, que tiene los dientes en forma de incisivos. En su coloración se parecen mucho ambos peces, pues son de color blanco plateado en el abdomen, con el lomo gris oliváceo intenso. Las escamas laterales tienen bordes oscuros, con una sombra en la base de la cola. La primera aleta dorsal tiene las espinas grises, unidas por una membrana amarilla. La segunda aleta dorsal es verdosa, con el borde traslucido; el resto de las aletas son amarillentas. El iris es color de oro pálido. En su tamaño alcanza 25 centímetros de largo.

El Tepemecin coge el anzuelo con frecuencia, pero lo más corriente es que los recojan en grandes cantidades cuando se hacen tiros de dinamita para cazar Bobos, de cuya compañía parece inseparable en la vertiente oriental de nuestro país. El desove lo verifican en el tiempo comprendido entre mayo y agosto, justamente en los meses sin R, que es cuando se recomienda no comer pescado.

EL ROBALO.—Uno de los peces mejor conocidos en los mercados de Puntarenas y San José es el Robalo (*Centropomus pectinatus*, Poey) por tener la cabeza alargada, ligeramente curva, ojos grandes y la man-

díbula inferior saliente. Su color de plata bruñida, con una raya negra a lo largo del cuerpo, por uno y otro lado, desde los opérculos hasta la bifurcación de la cola, le dan mayor atractivo para los compradores, quienes saben además, que su carne es blanca, suave y deliciosa. Aunque la cabeza ocupa casi la tercera parte del cuerpo, desde la trompa hasta el nacimiento de la cola, como es muy liviana, no se acostumbra cortarla; solamente en los ejemplares demasiado grandes, que no permiten presentarse enteros a la mesa, la venta se hace por secciones, más económico quizá,

pero menos atractivo para los gastrónomos refinados. En el lomo presenta un tinte gris azulado: su primera aleta dorsal tiene 8 espinas, muy cortas las dos primeras y la última, la segunda muy gruesa y tan larga casi como la tercera; la segunda aleta dorsal presenta una espina dura y 10 radios bandos bifurcados. La aleta anal tiene 3 espinas y 7 radios. Otros detalles, que sería prolijo consignar, permiten la separación de especies congénicas en esta familia de peces propios de las aguas costeras tropicales.

Aunque vive de preferencia en el agua salada, acostumbra subir por el cauce de los ríos hasta muchos kilómetros de su desembocadura: así lo hemos visto pasar bajo el puente de Paso Agres, al Sur de Orotina, subiendo la corriente, en esa parte pedregosa y de raudales, del río Grande de Tárcoles; y lo mismo acontece sobre el río Tempisque y el Grande de Terraba en la vertiente del Pacífico. Por el lado del Atlántico parece habitar todo el Mar Caribe, desde Cuba hasta Panamá, según el Dr. S. F. Hildebrand, ictiólogo del U. S. Bureau of Fisheries, aunque bien es cierto que otros hombres de ciencia han separado con anterioridad en dos especies diferentes los Robalos de la región Oriental de los que habitan las aguas del Poniente.

EL GUAPOTE. (*Cichlasoma dovii*, Günther). Es entre las mojarras la especie mayor que tenemos, pues llega a medio metro de largo: es grueso, pesado, de carne excelente, aunque tiene muchas espinas como todos los peces congénicos; el macho se distingue por tener una joroba carnosa y succulenta. Todas las mojarras atrapan con voracidad el anzuelo, aun las especies de menor tamaño que tienen la boca reducida.

El color del Guapote es variable: en los costados presenta barras verticales, que se borran a medida que los peces adquieren su mayor tamaño; casi siempre aparece un punto negro en cada escama de la parte inferior, lo cual forma en el abdomen líneas quebradas a lo largo de las filas escamosas. Habitan estos peces ambas vertientes de Costa Rica, como si el Lago de Granada fuera el centro distribuidor; pero nunca suben a mayor altura de 250 metros sobre el nivel del mar.

Se han pescado Guapotes en las haciendas de las Animas y Taboga de la provincia del Guanacaste, y en Parismina y Zent de las llanuras del Este, como investigación científica controlada, pues todos sabemos que su pesca es corriente en el Río Frío, el Sapoá, San Carlos y Sarapiquí.

Por desgracia se emplean, con demasiada frecuencia, la dinamita y plantas venenosas conocidas con el nombre general de Barbaco, para la pesca en los remansos de nuestros ríos, a pesar de la ley que lo prohíbe de una manera terminante. Hemos visto más de una vez arroyos donde echaron cal para coger unos pocos barbudos, matando con tales procedimientos todos los peces pequeños, con perjuicio gravemente destructivo de esa fuente de riqueza nacional.

**LAS MOJARRAS.**—Una docena de mojaras diferentes tenemos por lo menos en ambas vertientes del país: las especies de mayor tamaño habitan la parte baja, cuando los ríos conservan buen caudal de aguas durante todos los meses del año, y las formas pequeñas suben por las quebradas hasta una altura de 625 metros, como Turrialba, donde los niños las pescan con anzuelos pequeños, como a los barbudos y sardinas, usando para cebo lombrices de tierra. Con frecuencia se quedan las mojaras aisladas en pozas reducidas durante los meses de la estación seca: así hemos visto la *Cichlasoma underwoodi* (Regan) cerca del río Turrubares, como si fueran un hato de cebras encorraladas. En Esparta, a 200 metros de altitud, suben por las quebradas hasta la ciudad, como lo hacen muchos peces en las poblaciones del mar Mediterráneo: según Plinio eran estimados sobre todo los robalos que se pescaban en el Tiber, en las inmediaciones de Roma o en el interior de la ciudad misma, porque se alimentaban y cebaban con las inmundicias de las letrinas.

Si fuera permitido comparar los peces con los mamíferos, diríamos que las mojaras se parecen a los cerdos, de cuerpo corto, regordete, lomo arqueado, hocico y ojos pequeños, frente alta, como en los cochinos de buena raza. Su color es generalmente moreno, con rayas verticales negras o manchas azuladas, relucientes, en los opérculos. Cuando se enfadan yerguen la espinosa y extensa aleta dorsal, como el jabalí que levanta las cerdas del lomo al prepararse para entrar en combate.

Muchas de las mojaras tienen los radios blandos de las aletas tan largos que semejan plumas finísimas, tendidas con frecuencia hasta la terminación de la cola; tales especies serían un gran atractivo para los acuarios escolares en las poblaciones como Turrialba, Limón, Orotina, Esparta, Puntarenas, Liberia, etc.

Las mojaras conocidas en Costa Rica, además de las dos especies citadas, pueden separarse en dos grupos: las que habitan la vertiente Oriental y las que se hallan al lado del Pacífico.

Al lado del Atlántico tenemos:

*C. alfari*, Meek, en Tucurrique, Turrialba, Parismina y Zent.

*C. friedrichsthalii* (Heckel) Guápiles, Parismina y Zent.

*C. citrinellum* (Günther) Bajos de Juan Viñas.

*C. lethrinus*, Regan, en Chitaría, Guápiles, Parismina y Zent.

*C. maculicauda*, Regan, en Limón.

*C. rostratum* (Gill & Bransf.) en Zent.

*C. spilatum*, Meek, Santa Clara.

*C. tuba*, Meek, Guápiles y Siquirres.

En la vertiente Occidental tenemos:

*C. altifrons*, (Kner & Steind.) en río Grande de Térraba.

*C. punctatum*, Meek, en Buenos Aires.

*C. spilurus* (Günther) Turrubares y Taboga.

Es posible que obtengamos nuevas adiciones cuando la exploración ictiológica se extienda un poco más en la vertiente del Pacífico y en las llanuras de San Carlos.

**GUAVINA.** — (*Gobiomorus maculatus*, Günther) La Guavina es un pez de tamaño pequeño, cuerpo alargado, casi cilíndrico en el tronco y comprimido en la parte posterior. La cabeza ocupa casi el primer tercio, es bastante aplanada, con la mandíbula inferior demasiado saliente; una trompa larga y ancha le da feo aspecto; la boca es grande, oblicua y rajada hasta la línea central de los ojos, como si fuera la pala de una draga destinada a recoger moluscos pequeños en el lodo de aguas estancadas o de poca corriente. Tiene una primera aleta dorsal de 6 espinas débiles, y la segunda está formada casi en su totalidad de rayos blandos, así como la aleta anal, en número de diez; la cola termina en un arco de círculo. El color

general es oliváceo, con manchas irregulares en el dorso; en el abdomen tienen un tinte blanquecino, separado del matiz superior por una raya lateral de color casi negro. En los opérculos presenta tres rayas oscuras, tiradas hacia atrás oblicuamente desde los ojos. Algunos puntos negros y blancos en las aletas posteriores completan su colorido sin gracia ni atractivos. Vive esta especie en la vertiente del Pacífico desde la Baja California hasta el Perú; en el Guanacaste obtuvimos ejemplares en el río Higuierón, durante la estación seca, cuando casi no corría el agua. También hemos pescado esta especie en Turrubares y Surubres.

El curso de ciertos ríos se seca de tal

modo que muchos peces quedan prisioneros en charcos reducidos y expuestos a ser devorados unos a otros, o comidos por las aves, reptiles y mamíferos que pueblan las llanuras de la región costera. Es tal la estrechez a que se ven reducidos que conservamos algunos barbudos con el cuerpo de sus víctimas tragadas hasta la mitad, como lo hacen las culebras con harta frecuencia.

En su completo desarrollo alcanza la guavina poco más o menos 25 centímetros.

Hay en las llanuras del Atlántico otra especie (*Gobiomorus dormitor*, Lacép.) que fué colectada en Reventazón, Parismina y Zent.

## Anastasio Alfaro

San José, Costa Rica.

### Más sobre Díaz Mirón...

y II.—(Viene de la página 280)

¡Y *El Sol* de Madrid asegura que «Díaz Mirón comía el modesto pan de su cátedra de Literatura, o alzaba su cabeza melencólica y su voz viril en la Cámara de los Diputados—JUAN EN EL DESIERTO—o exasperado por la abyección ambiente se batía con sus enemigos»!

Al quebrar con Dehesa, fué flechado al Grupo Científico, y con Salvador hablé muchas veces en las antecámaras de don Rosendo Pineda, el jefe de aquellos políticos, o en las audiencias del general Díaz, del cual se fingía cortesano asiduo. Ya he contado que no oí sus arengas sobre la deuda inglesa porque vivía yo en mi tierra natal, y que la única vez que escuché un discurso de aquel Yokahanan que vivía de raíces y bebía agua de linfas cristalinas, fué UNO EN QUE APOYABA LA ENMIENDA CONSTITUCIONAL QUE PRORROGABA A SEIS AÑOS EL PERÍODO DEL PRESIDENTE. Por cierto que el discurso fué torpe, mal hilado, sin elegancia, empezando por el exordio. «No venimos aquí a dar un NAVAJAZO, sino a cumplir el deseo nacional de que continúe en el mando, para tranquilidad de la nación, el hombre que lo desempeña con genial habilidad». Debe de constar textual tal pieza oratoria en el *Diario de los Debates* correspondiente a aquel congreso. (Sánchez Azcona puede decir si miento, pues de seguro escuchó la arenga confundido entre el público que llenaba las galerías).

Pero esas cosas pasaban después de las «cárceles y el acoso»... que se debieron a riñas callejeras y a disputas ruines indignas de aquel genio de primer orden.

Habla el señor Médez Bolio de que el «PORFIRISMO ESTABA FUNDANDO LA LEY FUGA». El porfirismo no fundó la ley fuga, que hacía muchos años estaba autorizada en las horribles y canibalescas costumbres del país. Si se quieren ejemplos de la LEY FUGA que se registre el Código de la Reforma por el licenciado don Blas José Gutiérrez, y allí se encontrarán a docenas los casos; pero citaré tan sólo el del valiente general don José María Patoni, veterano de la guerra contra los franceses, asesinado por orden del ministerio de la guerra de Juárez en un mesón de Durango. Precisamente ese horrible suceso dió ocasión a que escribiera la viuda del muerto una de las cartas más bellas que han salido de pluma de mujer. Y esa carta se leyó por el poeta Guillermo Prieto en el Congreso y causó una sensación formidable.

Y así he de precisar más, diré que la ley fuga no es mejicana sino española. A reserva de tratar el caso con datos que poseo en mi tierra, remitiré al lector a una novela galdosiana que conocen todos, DOÑA PERFECTA, que en las primeras páginas contiene

una alusión clarísima a esta forma de enjuiciamiento tenebroso.

Pero antigua o moderna, nacional o extranjera, la *ley fuga* no repugnaba a Salvador, sino que la encontraba adecuada a su temperamento.

El año de 1910 merodeaba en algún cantón de Veracruz o en el Istmo de Tehuantepec, esto no lo tengo muy presente porque yo vivía a la sazón en la Argentina, un ladrón de camino real que no era sino misera y ridícula prefiguración de los que después han desaparecido. *Santanón*, como le decían al bandolero, llegó a causar aprensiones al gobierno federal en aquellos tiempos idílicos en que el mundo se ponía en conmoción por el vuelo de una mosca. Salvador se propuso y el gobierno le aceptó emprender una persecución del facineroso «para infligirle el necesario castigo» acompañado el poeta sólo de dos amigos y de un golpe de rancheros. Naturalmente que *Santanón*, incapaz de seguro de hacer una mala redondilla, sabía mucho más que su enemigo de la manera de eludir un lazo tendido en su contra, de rodear un barranco, de enviar exploradores a averiguar el paradero de un contrario. Ahora bien, quiero que me digan los que hablan de un Caballero Bayardo antiporfirista (llevaba Salvador patente de jefe de rurales extendida por el Ministro de Gobernación del General Díaz) ¿qué ley creen que habría aplicado Díaz Mirón al bandido? ¿Acaso el código penal italiano, o la ley de Manú o las de las Doce Tablas? Simplemente le habría dado cuatro tiros en un recodo del camino y lo habría dejado pendiente de un árbol para ser pasto de las aves del cielo. Y tal vez hasta habría tenido la audacia de decir que *Santanón* había pretendido fugarse. ¿Y acaso son peores los procedimientos de la ley fuga que los del juicio sumarísimo que ahora se estila?

Tablada, según me escribieron entonces, compuso una cuartetilla que da idea del desprecio que produjo la actitud del poeta en aquella señalada oportunidad:

Hay vates de guitarrita  
Y hay bardos de guitarrón;  
Van unos a Santanita  
Y otros van tras Santanón.

Quizás usted sepa que *Santanita* es un popular sitio de recreo en los alrededores de Méjico, que desde el tiempo de los virreyes tiene fama por los guisotes populares que en él se venden.

Nunca habló Salvador con la pistola sobre la tribuna, pero si la sacó del bolsillo de la americana cuando cometió el formidable escándalo en que trató de asesinar al

diputado Chapital. En un salón del Congreso pasó ese trance; de él fueron testigos docenas de personas que aun viven y nada tuvo que ver con la política.

El señor Médez Bolio, confundiendo tiempos, asegura que le habló el día de la presentación del «lance personal pendiente con un diputado». No tuvo otro, desde 1884, que el de Chapital, y eso ocurrió en 1911, que fué de seguro cuando el escritor conoció al poeta.

La parte personal del artículo dice así: Después del asesinato del Apóstol, la vida pública de Díaz Mirón se obscurece... Sus rumbos se equivocan. Hay momentos en que se le ve incomprensiblemente inconsecuente consigo mismo. Luego, va al destierro voluntario, y por fin, regresa al seno de la patria, que sin ver en él otra cosa que su gloria y su grandeza en el arte, le afirma en la frente el laurel y le hace un amoroso lecho de flores en el que se recuesta, silencioso y solitario, a esperar la hora del tránsito a la inmortalidad, en su bienamado puerto de Veracruz.

«Al que a un tiempo la gloria y el clima adornan de palmas la frente».

La obscuridad de la vida pública de Díaz Mirón se explica fácilmente; su inconsecuencia y su incompreensión tienen fácil interpretación; *Díaz Mirón se volvió huertista* como quizás se había convertido en maderista, cosa que de seguro es cierta porque dice el señor Médez Bolio, «Madero lo sacó de la cárcel» a la cual había entrado por su injustificada agresión a Chapital; y como entonces no se hallaba en su tierra, ni lo cubría la «sombra del Señor San Pedro» de don Teodoro Dehesa, tuvo que sufrir la suerte que merecemos todos los mortales que no tenemos genio cuando transgredimos el Código Penal.

El huertismo de Díaz Mirón fué cosa tan averiguada como el de algunas personas que el señor Médez Bolio conoce física, intelectual y moralmente; por delante, por detrás, por los costados, en retrato y en realidad; talvez le ocurra con ellas lo que cuenta en su autobiografía el Doctor George Brandes de cuando quiso conocer a un judío: le bastó mirarse en su espejo. Quizás esas personas le hayan ayudado a confeccionar (que confección necesitaba) aquella famosa frase de que EL GENERAL HUERTA HABÍA «DEJADO UN PERFUME DE GLORIA» AL VISITAR LA REDACCION DE *El Imparcial*, PERIÓDICO ARCHIOFICIOSO QUE SALVADOR DIRIGÍA,—por cierto lamentablemente, pues no era siquiera mediano prosador ni menos periodista, que es otro cantar que la literatura.

\*\*\*

Estas cosas no disminuyen mi admiración literaria por Díaz Mirón; lo considero el mayor y más grande de los poetas que ha producido América sin excluir a Olmedo y a Andrade: quizás apenas lo iguale Chocano en el vuelo lírico y lo aventaje en la extensión de la obra y en lo de no recluirse en torres de marfil que no son para los tiempos que corren. Miro a Bacon como uno de los mayores filósofos del mundo a pesar de que haya sido juez venal y cortesano abyecto, y reputo a Oscar Wilde, a Paul Verlaine y a Arturo Rimbaud los mayores poetas de la época actual a pesar de su deplorable conducta privada.

Por eso me tentaría mucho la ropa para llamar a Díaz Mirón VERSERO ASESINO, como le apellidaron los «estridentistas» que pagaba Jara en Jalapa; pero cuidado tendría en compararlo con San Julián el Hospitalario porque creería hacerle una mofa al poeta. Con Benvenuto, con Byron, con D'Annunzio, con hombres así, que no fueron precisamente santos ni cosa que lo pareciera, si tenía semejanzas Salvador.

De él puede decirse la frase que escribió Gino Caponi hablada de Napoleón: «Son

una maravilla del ingenio humano, debemos admirarlos y darle a Dios gracias porque los envió al mundo;... pero también debemos rogarle a su Divina Majestad que mande esos regalos con la mayor parsimonia posible».

Quedo de usted con toda atención afmo. s. s.

V. Salado Alvarez

Los Angeles, Calif. octubre 5, 1928.

*Post Scriptum.* Deseoso de que no recaiga sobre mi país y sobre el hombre más ilustre de mi país el cargo de haber inventado esa forma horrenda de deshacerse de criminales sin figura de juicio (contra ella protesté hace veintiocho años en mi libro *De Autos*) inserto en seguida el trozo de la novela de Galdós a que arriba me referí. Esta fechada *Doña Perfecta* EN ABRIL DE 1876, ES DECIR UN AÑO ANTES QUE EL GENERAL DÍAZ FUERA PRESIDENTE.

El trozo es largo y por eso sólo copio lo que hace al caso.

«Esforzábese Licurgo en convencer al joven de la temeridad de sus propósitos, así como de su generosa idea (de socorrer a individuos que suponía robados) porque los robados estaban y quizás muertos, y en situación de no necesitar auxilio de nadie. Insistía el señor, sordo a estas sesudas advertencias; contestaba el aldeano oponiendo resistencia muy viva, cuando el paso de unos carromateros que por el camino abajo tranquilamente venían conduciendo una galera, puso fin a la cuestión. No debía ser grande el peligro cuando tan sin cuidado venían aquellos, cantando alegres coplas; y así fué en efecto, PORQUE LOS TIROS, SEGUN

DIJERON. NO ERAN DISPARADOS POR LADRONES SINO POR LA GUARDIA CIVIL, QUE DE ESE MODO QUERIA CORTAR EL VUELO A MEDIA DOCENA DE CACOS QUE ENSARTADOS CONDUCCIÓN A LA CÁRCEL DE LA VILLA.

«Ya, ya sé lo que ha sido, dijo Licurgo señalando leve humerada que a mano derecha del camino y a regular distancia se descubría. ALLÍ LOS HAN ESCABECHADO. ESTO PASA UN DÍA SÍ Y OTRO NO.

«El caballero no comprendía.

«Yo le aseguro, señor don José—añadió con energía el legislador lacedemonio—que está muy retebién hecho. porque de nada sirve formar causa esos pillos. El juez les marea un poco, y después les suelta. Si al cabo de seis años de causa alguno va a presidio, a lo mejor se escapa, o le indultan y vuelve a la Estancia de los Caballeros. LO MEJOR ES ESTO: ¡FUEGO! Y A DIVINA QUIEN TE DIÓ. SE LES LLEVA A LA CÁRCEL, Y CUANDO SE PASA POR UN LUGAR A PROPÓSITO... ¡AH! PERRO QUE TE QUIERES ESCAPAR... PUM, PUM, YA ESTA HECHA LA SUMARIA, REQUERIDOS LOS TESTIGOS, CELEBRADA LA VISTA, DADA LA SENTENCIA... TODO EN UN MINUTO. Bien dicen que si mucho sabe la zorra más sabe el que la toma.

«Pues adelante y apretemos el paso, que este camino a más de largo nada tiene de ameno.

«Al pasar junto a las Delicias, vieron a poca distancia del camino, a los guardias que habían ejecutado la extraña sentencia que el lector sabe. MUCHA PENA CAUSÓ AL ZAGALILLO QUE NO LE PERMITIERAN IR A CONTEMPLAR DE CERCA LOS PALPITANTES CADÁVERES DE LOS LADRONES, QUE EN HORROROSO GRUPO SE DISTINGUIAN A LO LEJOS, Y SIGUIERON ADELANTE». *Doña Perfecta*, págs. 19 y 20.

## Tablero = 1928 =

**Nuestro amigo** y colaborador Rafael Heliodoro Valle (Orizaba N.º 192 A. México, D. F.), ha tenido a bien remitirnos un ejemplar de la obra *Índice de Escritores*, compuesto por él en colaboración con la Srita. Esperanza Velázquez Bringas. México, 1928.

No está completo este Índice, pero así como está es muy importante como obra de consulta.

Véase lo que dicen los autores en el *Proemio*:

### Proemio

Se hacía necesario reunir estos nombres del día en Hispanoamérica y España. Mucho se ha hablado de lo poco que nos conocemos, y la verdad es que aun los que se hallan atentos a las voces nuevas, han de convencerse de que esa ignorancia es abrumadora.

Si los trabajos de inquisición bibliográfica dejan mucho que desear en los países de nuestro idioma, son excesivamente precarios los que se refieren a los escritores o artistas de actualidad. Esta tentativa viene a señalar un rumbo, a invitar a que nos organicemos no sólo económica y políticamente sino como pueblos de vastas y desconocidas riquezas intelectuales. Pensamos seguir acometiendo la tarea, y venciendo para ello la resistencia de aquellos que no nos facilitaron sus noticias; pero que, de seguro, nos las darán para la edición que sigue.

Hemos apartado el comentario crítico o la alusión demasiado local, a fin de dar a la obra una seriedad que le permita ser

saludada con simpatía; y a la vez damos únicamente la información imprescindible, despojando de adornos innecesarios a cada biografía.

Los 252 nombres que hemos reunido, se distribuyen con una desproporción que explica gráficamente la distancia a que nos encontramos; una distancia de conocimiento que nada tiene que ver con el meridiano que algunos quisieran hacer pasar por Buenos Aires, otros por Madrid y los menos por México. En esa distribución de nombres el mapa se halla formado así: México, 92; España, 22; Argentina, 15; Perú, 15; Uruguay, 13; Cuba, 12; Guatemala, 11; Colombia, 10; Costa Rica, 10; Chile, 9; Venezuela, 7; El Salvador, 5; y así sucesivamente hasta llegar al Paraguay.

Si nuestra intención ha sido comprendida, ello será presea del orgullo. Queremos que se forme el frente único de nuestros trabajadores mentales; y si se logra que se creen nuevas amistades, estaremos complacidos de sobra al haber sido un pretexto para la presentación.

Los autores

### Bibliografía titular costarricense:

*Complemento Gramatical de los Programas de Castellano. Palabras y Locuciones mal empleadas en Costa Rica*, por Rogelio Sotela. Edición de los Sres. Sauter & Co. San José, 1928.

Dice el autor:

Estos *Complementos gramaticales* tienen solamente este mérito, o mejor, esta utilidad: son prácticos, tratan de llegar fácil-

mente a la comprensión de todos los que desean conocer el castellano.

Son modernos, pues no recogen ninguna forma desusada y traen los giros y vocablos cuya ortografía ha sido variada.

El autor adopta, no sólo la doctrina filológica de la Real Academia Española, sino también la de los ilustres tratadistas que se han hecho oír por la profundidad de sus conocimientos.

Se ha dedicado un capítulo a desterrar usos costarricenses viciados. Otro a la enseñanza de la Preceptiva Literaria, al alcance de los escolares.

Se ha seguido, paso a paso, con toda fidelidad, lo que previene el Programa oficial de Lengua Materna, emitido en 1926, sin que se haya dejado de complementar ningún punto.

Por último, sin alardes de erudición, y sin afán teorizante, el autor escribe para todas las mentes y para todas las culturas, con sencillez, y sólo para servir.

R. S.

*Cooperación*, por Enrique Jiménez Núñez. Conferencia dictada el día 27 de setiembre de 1928 en la Escuela de Agricultura.

Excelente conferencia. Hemos de reproducirla en estos cuadernos.

Frco. Monge Q.: *Almas de cera*. San José, Costa Rica. 1928.

#### Otros libros y folletos recibidos en la semana:

Remigio Crespo Toral: *Pleito secular*. El divorcio de Colombia. Cuenca, Ecuador. Setiembre de 1928. Envío de la *Revista de la Universidad de Cuenca*.

Tasso da Silveira: (Rua Licinio Cardoso, 99. Rio de Janeiro.

*Alegria criadora*. Ensaíos 1922-25. Edicao DO ANUARIO DO BRASIL. Rio de Janeiro.

A. Carneiro Leao: *Palavras de Fé*. Livraria Francisco Alves. Brasil.

República de Colombia. MEMORIA del Ministro de Gobierno al Congreso. Bogotá. 1928.

*La nueva disciplina y el ciudadano de una República*, por Jephtha B. Duncan. 1928. Panamá. Donación de Guillermo Mc. Kay. Panamá. R. de P.

De don Samuel Guy Inman, New York City, hemos recibido:

*Church and State in Mexico* (de que es el autor), y *The Monroe Doctrine and World Peace*, by Kirby Page, editor de *The World*.

An analysis of the replies from 301 leaders of public opinion to eight questions concerning the meaning and significance of this famous doctrine.

*Exposición del Libro Argentino-Uruguayo*. Organizada por las escritoras Aida Moreno Lagos y Julia Garcia Gámes, con el apoyo del Ministro de Instrucción Pública de Argentina, Dr. Antonio Sagarna. Santiago de Chile. 22-23 de setiembre de 1928.

Remitido por el Instituto International de Coopération Intellectuelle (2, Rue de Montpensier, 2. Paris):

CONGRES INTERNATIONAL DES ARTS POPULAIRES. Prague Du 7 au 13 Octobre 1928.

De la Oficina de Información y Propaganda anexa a la Secretaría de la Presidencia de la República (Gobierno del Ecuador):

*El Banco Hipotecario del Ecuador*. Sus primeros cinco meses de funcionamiento. Quito. Ecuador.

De Oscar Tenorio: (Rua do Rosario, N.º 168-2.º Rio de Janeiro. Brasil):

*Mexico, Revolucionario*. Pequeños comentarios sobre a Revolução Mexicana e suas consecuencias. Rio de Janeiro. 1928.

#### Testimonios:

«Es menester que los hombres tengan ideas», suele decirse. Yo, sin negar esto, diría más bien, es menester que las ideas tengan hombres.—*M. de Unamuno*.

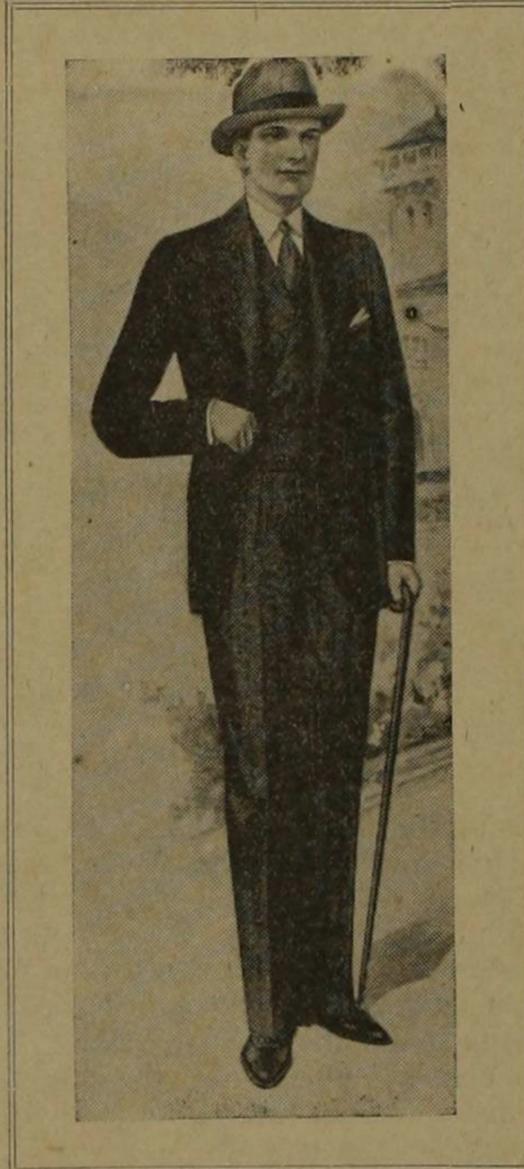
...porque los viejos, por mucho talento que tengan y por muy grande que sea su buena voluntad, no saben lo que quieren los jóvenes ni pueden entenderlos.—*Cita de M. de Unamuno*.

#### Etimología:

El noble, *no-bills*, es el que se debe a su nombre, *no-men*, derivados ambos, nombre y noble, de la misma radical, *no, gno*, conocer. El nombre es la cualidad del noble, la ejecutoria de su nobleza. Noble significa, etimológicamente, conocido; y nombre, conocimiento.—*Cita de M. de Unamuno*.

#### Referencia:

Aquí cabe otra profunda expresión de San Agustín, también en sus *Confesiones*, y es cuando dice (lib. X, cap. VIII, 5) que «ni yo mismo cojo todo lo que soy:» *nec ego ipse capio totum quod sum*.—*Cita de M. de Unamuno*.



El traje hace al caballero  
y lo caracteriza

y

La Sastrería

## La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales  
o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires  
ingleses. Operarios competentes  
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez  
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R. — Teléfono 1283

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

## LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de ₡ 4.50 c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

**J. PIEDRA & Hno.**

Lado Oeste de Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica